

Domingo II de Cuaresma (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2015**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Jaume GONZÁLEZ i Padrós** (www.evangelinet.net)
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO** (www.clerus.org)

DEL MISAL MENSUAL

LEVÁNTENSE, NO TENGAN MIEDO

Gén 12, 1-4; 2 Tim 1, 8-10; Mt 17, 1-9

Abrahán era un criador de ovejas de edad avanzada, acostumbrado a trasladarse de un sitio a otro detrás de su rebaño. Esa forma de vida sin duda alguna le había permitido aprender a despegarse de sitios y lugares queridos. Cuando Dios le ordena marchar hacia lo desconocido, desligándose de sus seguridades, estaba poniendo en riesgo su vida. Animado por la promesa de conseguir finalmente una tierra donde sentirse seguro y alentado por la promesa de ser el padre de un pueblo; se decide a salir de Jarán y marcha hacia la tierra de Canaán. Los pescadores de Galilea que participaron de la experiencia de la transfiguración de Jesús, también habían hipotecado sus seguridades en pos de otra promesa: la del reinado de Dios, anunciado por Jesús. En algún momento quisieron dar marcha atrás y regresar a su oficio de pescadores, Jesús lo advirtió cuando les anunció su muerte violenta en Jerusalén, se dio cuenta de su miedo y les anticipó su próxima glorificación ante el Padre.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 24, 6. 3. 22

Mi corazón me habla de ti diciendo: “Busca su rostro”. Tu faz estoy buscando, Señor; no me escondas tu rostro.

ORACIÓN COLECTA

Señor, Dios, que nos mandaste escuchar a tu Hijo muy amado, dignate alimentarnos íntimamente con tu palabra, para que, ya purificada nuestra mirada interior, nos alegremos en la contemplación de tu gloria. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Vocación de Abraham, padre del pueblo de Dios.

Del libro del Génesis: 12, 1-4

En aquellos días, dijo el Señor a Abram: “Deja tu país, a tu parentela y la casa de tu padre, para ir a la tierra que yo te mostraré. Haré nacer de ti un gran pueblo y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre y tú mismo serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. En ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra”. Abram partió, como se lo había ordenado el Señor.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 32, 4-5. 18-19. 20 y 22

R/. Señor, ten misericordia de nosotros.

Sincera es la palabra del Señor y todas sus acciones son leales. Él ama la justicia y el derecho, la tierra llena está de sus bondades. **R/.**

Cuida el Señor de aquellos que lo temen y en su bondad confían; los salva de la muerte y en épocas de hambre les da vida. **R/.**

En el Señor está nuestra esperanza, pues él es nuestra ayuda y nuestro amparo. Muéstrate bondadoso con nosotros, puesto que en ti, Señor, hemos confiado. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Dios nos llama y nos ilumina

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo: 1, 8-10

Querido hermano: Comparte conmigo los sufrimientos por la predicación del Evangelio, sostenido por la fuerza de Dios. Pues Dios es quien nos ha salvado y nos ha llamado a que le consagremos nuestra vida, no porque lo merecieran nuestras buenas obras, sino porque así lo dispuso él gratuitamente.

Este don, que Dios nos ha concedido por medio de Cristo Jesús desde toda la eternidad, ahora se ha manifestado con la venida del mismo Cristo Jesús, nuestro Salvador, que destruyó la muerte y ha hecho brillar la luz de la vida y de la inmortalidad, por medio del Evangelio.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 17, 5

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

En el esplendor de la nube se oyó la voz del Padre, que decía: “Este es mi Hijo amado; escúchenlo”.

R/.

EVANGELIO

Su rostro se puso resplandeciente como el sol.

Del santo Evangelio según san Mateo: 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, el hermano de éste, y los hizo subir a solas con él a un monte elevado. Ahí se transfiguró en su presencia: su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve. De pronto aparecieron ante ellos Moisés y Elías, conversando con Jesús.

Entonces Pedro le dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bueno sería quedarnos aquí! Si quieres, haremos aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”.

Cuando aún estaba hablando, una nube luminosa los cubrió y de ella salió una voz que decía: “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo”. Al oír esto, los discípulos cayeron rostro en tierra, llenos de un gran temor. Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: “Levántense y no teman”. Alzando entonces los ojos, ya no vieron a nadie más que a Jesús.

Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: “No le cuenten a nadie lo que han visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”. **Palabra del Señor.**

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te rogamos, Señor, que estos dones borren nuestros pecados y santifiquen el cuerpo y el alma de tus fieles, para celebrar dignamente las fiestas pascales. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

La transfiguración del Señor.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar; Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque él mismo, después de anunciar su muerte a los discípulos, les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la resurrección.

Por eso, como los ángeles te cantan en el cielo, así nosotros en la tierra te aclamamos, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mt 17, 5

Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir, Señor, este glorioso sacramento, queremos darte gracias de todo corazón porque así nos permites, desde este mundo, participar ya de los bienes del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Bendice, Señor, a tus fieles con una bendición perpetua, y haz que de tal manera acojan el Evangelio de tu Hijo, que puedan debida y felizmente desear y alcanzar la gloria que Él manifestó a los apóstoles. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Vocación de Abrahán (Gn 12,1-4a)

1ª lectura

La llamada de Dios a Abrahán (nombre que Dios le dará en lugar de Abrán; cfr 17,5) significa el comienzo de una nueva etapa en la relación de Dios con la humanidad, pues la alianza con Abrahán redundará en bendición para todos los pueblos. Conlleva la exigencia de romper con los vínculos terrenos, familiares y locales, apoyándose exclusivamente en la promesa de Dios: una tierra desconocida, una descendencia numerosa —siendo su esposa estéril (cfr 11,30)—, y la protección constante de parte de Dios. Esa llamada divina significa también la ruptura con el culto idolátrico practicado por la familia de Abrahán en la ciudad de Jarán —según parece, el culto lunar—, para adorar al verdadero Dios.

A la llamada de Dios le sigue la respuesta de Abrahán que, creyendo y fiándose totalmente de la palabra divina, abandona su tierra y se dirige a Canaán. La actitud de Abrahán contrasta con la soberbia humana descrita anteriormente a propósito de la torre de Babel (cfr 11,1-9), y, más aún, con la desobediencia de Adán y Eva por la que la humanidad comenzó a separarse de Dios.

El proyecto divino de salvación se empieza a realizar exigiendo al hombre un acto de obediencia: para Abrahán ponerse en camino. Ese proyecto culminará con la obediencia perfecta de Jesucristo «hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,8), por la que todos los hombres alcanzarán la misericordia de Dios (cfr Rm 5,19). Todos los hombres que escuchan y obedecen la voz del Señor, todos los creyentes, pueden considerarse, por tanto, hijos de Abrahán. «Así, Abrahán creyó a Dios, y le fue contado como justicia. Por tanto, daos cuenta de que los que viven de la fe, éstos son hijos de Abrahán. La Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por la fe, anunció de antemano a Abrahán: En ti serán bendecidas todas las naciones. Así pues, los que viven de la fe son bendecidos con el fiel Abrahán» (Ga 3,6-9).

Las exigencias de la fe se han visto reflejadas por la tradición judía y cristiana en las tres realidades que Dios ordena abandonar a Abrahán: «Mediante las tres salidas, de la tierra, de la parentela y de la casa paterna, se significa —según la interpretación de Alcuino— que hemos de salir del hombre terreno, de la parentela de nuestros vicios, y del mundo dominado por el Diablo» (*Interrogationes in Genesim* 154).

La respuesta de Abrahán conlleva al mismo tiempo una actitud de oración, de trato íntimo con Dios. La oración, aunque ya aparece desde el principio en el Antiguo Testamento (cfr 4,4.26; 5,24; etc.) se revela sobre todo a partir de nuestro padre Abrahán, como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Cuando Dios lo llama, Abrahán se pone en camino “como se lo había dicho el Señor” (Gn 12,4): todo su corazón se somete a la Palabra y obedece. La obediencia del corazón a Dios que llama es esencial a la oración, las palabras tienen un valor relativo. Por eso, la oración de Abrahán se expresa primeramente con hechos: hombre de silencio, en cada etapa construye un altar al Señor. Solamente más tarde aparece su primera oración con palabras: una queja velada recordando a Dios sus promesas que no parecen cumplirse (cfr Gn 15,2-3). De este modo surge desde el

principio uno de los aspectos de la tensión dramática de la oración: la prueba de la fe en Dios que es fiel» (n. 2570).

Abrahán llega a la parte central de Palestina, desde donde se irá desplazando hacia el sur, al tiempo que va edificando altares al Señor, al verdadero Dios, en los lugares que habían de ser santuarios importantes en épocas posteriores. El texto bíblico resalta que el Señor acompaña a Abrahán, y que éste le tributa un culto agradable, en oposición al culto idolátrico que practicaban los habitantes del país, denominados genéricamente «cananeos». Dios, por otra parte, en todas sus manifestaciones al patriarca promete esa tierra a sus descendientes (cfr 13,15; 15,18; 17,8; 26,4). De esta forma, el texto enseña de dónde provenía radicalmente la legitimidad de la posesión de la tierra de Canaán por parte de los israelitas. De todos modos, la promesa de una tierra a la descendencia de Abrahán, trasciende la realidad empírica de un territorio, y se convierte en símbolo de la bendición y de los dones divinos destinados a todos los hombres.

Hablando de la fe de Abrahán a la palabra de Dios, San Pablo interpretará que la «descendencia» de Abrahán, en singular, no son muchos sino uno solo, Jesucristo, ya que únicamente Él, siendo el Hijo de Dios, y haciéndose obediente hasta la muerte, posee todos los bienes divinos y los comunica al hombre: «Cristo nos rescató (...) para que la bendición de Abrahán llegase a los gentiles en Cristo Jesús, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu. (...) Pues bien, las promesas fueron hechas a Abrahán y a su descendencia. No dice: “y a los descendientes”, como si hablara de muchos, sino de uno solo: “y a tu descendencia”, que es Cristo» (Ga 3,13-16).

Dios nos llama e ilumina (2 Tm 1,8b-10)

2ª lectura

La necesidad de afrontar con fortaleza las contrariedades que lleva consigo el evangelio tiene un fundamento teológico: la vocación divina de los cristianos y la manifestación de Dios Salvador. San Pablo, como en otros lugares de estas cartas (cfr 1 Tim 3,15 ss.; Tit 3,5-7), hace un condensado canto a la salvación, con expresiones probablemente basadas en algún himno litúrgico o confesión de fe.

La salvación que Dios realiza se contempla en este pasaje, en cuanto aplicada a los cristianos (v. 9) y manifestada en la Encarnación de Jesucristo (v.10). Señala cuatro puntos esenciales de la salvación: 1) Dios ya la ha realizado para todos; 2) Dios es también quien llama a todos los hombres a participar en ella; 3) es gratuita, pues el hombre no puede merecerla (cfr Tit 3,5; Eph 2,8-9); y 4) el designio divino es eterno (cfr Rom 8,28-30; Eph 1,11).

«La manifestación de Jesucristo» (v. 10) alude en primer lugar a su Encarnación (cfr Tit 2,11; 3,4), pero abarca toda su obra redentora, que culmina en su manifestación gloriosa (cfr 1 Tim 6,14; 2 Tim 4,1.8). El efecto maravilloso de la Redención es doble: la victoria sobre la muerte, física y espiritual, y la donación abundante y luminosa de la vida inmortal. La Iglesia canta con gozo esta realidad: «Pues Él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo; muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida» (*Prefacio Pascual*, I).

«Desde la eternidad»: Literalmente, «desde los tiempos de las edades». Es una expresión primitiva equivalente al concepto de eternidad.

La transfiguración de Jesús (Mt 17,1-9)

Evangelio

En la Transfiguración, Jesús muestra anticipadamente a los discípulos la gloria que merecerá por su pasión (cfr nota a Lc 9,28-36). El vínculo del episodio con la confesión de Pedro y el primer anuncio de la pasión, no sólo es temporal —ocurrió «seis días después» (v. 1)— sino también teológico: desde el cielo se confirma que Jesús es el Hijo de Dios (v. 5), tal como lo había confesado Pedro (16,16), y que su muerte y resurrección (16,21) son el cumplimiento de la Ley y los Profetas representados por Moisés y Elías (v. 3). Los discípulos reaccionan con alegría (v. 4) y temor (vv. 6-7), sin acabar de entender el significado.

Moisés y Elías son los dos representantes máximos del Antiguo Testamento: de la Ley y los Profetas. En la imagen de Jesús hablando con ellos (v. 3), la Tradición ha visto dos enseñanzas: de un lado, que Jesús es el centro de la revelación porque «toda la Escritura divina forma un solo libro, y ese único libro es Cristo, ya que toda la Escritura divina habla de Cristo y toda ella se realiza en Cristo» (Hugo de San Víctor, *De Arca Noe morali* 2,8); de otro, que los libros del Antiguo Testamento son necesarios para comprender a Jesucristo, porque «si, como dice el apóstol Pablo, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (S. Jerónimo, *Commentarii in Isaiam*, prol. 1).

El episodio es también una descripción de la personalidad de Jesús: es Señor (v. 4), Hijo de Dios, en quien Dios se complace (v. 5; cfr Is 42,1), a quien debemos escuchar (v. 5) porque es el revelador de Dios: «Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo: “Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que sea más que eso? Pon los ojos sólo en Él, porque en Él te lo tengo todo dicho y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas (...); oídle a Él, porque yo no tengo más fe que revelar, ni más cosas que manifestar”» (S. Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo* 2,22,5).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

La transfiguración del Señor

Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan (Mt 17, 1). Otro evangelista dice: *Ocho días después* (Lc 9, 28); pero no contradice a éste, sino que bellamente con él concuerda. Porque uno cuenta el día en que Jesús hablaba y también el otro en que los sacó aparte; mientras que el otro evangelista cuenta solamente los días intermedios. Quiero que consideres cómo ejercita Mateo la virtud, pues no calla a los que fueron antepuestos. Lo mismo hace Juan con frecuencia, cuando cuidadosamente apunta las alabanzas a Pedro. Este coro de los santos apóstoles siempre estuvo vacío de envidias. Habiendo, pues, tomado a los corifeos, los llevó aparte a un monte alto. Y se transfiguró ante ellos. Brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El. ¿Por qué a solos ellos tomó? Porque eran más excelentes que los otros. Pedro sobresalía porque amaba sobremanera a Cristo; Juan porque era el muy amado; Santiago por la respuesta que dio juntamente con su hermano cuando dijo: *Podemos beber el cáliz* (Mt 20, 22). Y no sólo por la dicha respuesta, sino además por sus obras, tanto otras como la de cumplir lo que le habían dicho. Porque más tarde apareció ante los judíos tan vehemente y eficaz que Herodes creyó hacerles un excelente regalo con mandarlo matar.

¿Por qué no los llevó consigo desde luego y al punto? Para que los otros discípulos no lo llevaran a mal. Por igual motivo, ni siquiera les indicó los nombres de los que iban a subir con Él al monte. Sin duda que los demás habrían también deseado con vehemencia subir con Cristo para contemplar tan inmensa gloria y se habrían dolido de que se les dejara a un lado. Pues aun cuando la visión fuera corporalmente, pero habríales despertado grandes deseos. Y ¿por qué lo predijo? Para que estuvieran más preparados y sobre aviso acerca de la visión, mediante ese previo aviso; y ardieran en deseos de verlo, encendidos con la espera de esos días y de este modo se acercaran a ella vigilantes y solícitos. Y ¿por qué trae ahora a Moisés y a Elías? Muchos motivos podrían aducirse. Y el primero es que las turbas decían que Él era Elías, otros que jeremías, otros que alguno de los profetas. Trae, pues, consigo a los que parecían ser los principales, para que con esto se viera la enorme diferencia que había entre el Señor y los siervos; y así mejor se viera que justamente Pedro había sido alabado por haberlo confesado Hijo de Dios.

Hay otro motivo. El de que frecuentemente se le acusara como trasgresor de la Ley y que se le tuviera como blasfemo, porque vindicaba para sí la gloria del Padre, que en nada le correspondía. Pues decían: *No puede venir de Dios este hombre, pues no guarda el sábado* (Jn 9, 16). Y también: *Por ninguna buena obra te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios* (Jn 10, 33). Ahora bien: con la visión de aquellos dos quedaba manifiesto que ambas acusaciones provenían de envidia y que de ambas era inocente; y que no había traspasado la Ley ni había vindicado para sí una gloria que no le perteneciera, al llamarse igual al Padre. Por eso trae consigo a los que más en esto se habían distinguido. Moisés había dado la Ley; y bien podían pensar los judíos que Moisés no habría tolerado de buena gana que ella fuera conculcada, según ellos creían, ni que rindiera homenaje a un enemigo de la Ley que él había promulgado. En cuanto a Elías, que estaba lleno de celo por la gloria de Dios, en el caso de que Jesús fuera un adversario de Dios y que falsamente se llamara igual al Padre, jamás ese profeta le prestaría honores.

Además de las dichas, hay también otra causa. ¿Cuál? Para que entendieran que Cristo tenía potestad sobre la vida y la muerte e imperaba en cielos y tierra. Por eso hace presente a uno que ya había muerto y a otro que aún no había muerto. El quinto motivo -pues de verdad es el quinto- lo pone el evangelista. ¿Cuál es? Para manifestar la gloria de la cruz y consolar así a Pedro y a los otros que temían la sagrada Pasión y levantarles el ánimo. Pues los profetas, en cuanto llegaron ahí, no permanecieron callados, sino que trataban de la partida de Cristo que debía cumplirse en Jerusalén, es decir, de su Pasión y muerte de cruz, pues así la llaman siempre. Ni sólo por este camino les levanta el ánimo, sino también con la virtud de ambos varones, virtud que sobre todo quería Jesús que floreciera en sus discípulos.

Y pues había dicho: Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame, trae consigo a los profetas que por cumplir la voluntad de Dios y en favor del pueblo que se les había encomendado, habían sufrido mil muertes. Porque ambos perdieron su alma y la encontraron. Ambos con libertad y constancia se opusieron al tirano: Moisés en Egipto; Elías contra Acab; y ambos en favor de hombres mal agradecidos y desobedientes. Aquellos mismos' por cuya salvación se desvelaban, los pusieron en extremo peligro, pues querían apartarlos de la idolatría. Ambos eran gente privada y particular. Moisés además tartamudo y de voz débil. Elías se presentaba como un rústico. Ambos eran en extremo pobres, pues ni Moisés poseía algo, ni Elías, que sólo tenía su túnica de piel de camello. Y todo esto en la Ley Antigua, sin haber recibido la gracia de hacer tan gran cantidad de milagros.

Pues aun cuando Moisés dividió el mar, pero Pedro anduvo sobre las aguas y podía transportar las montañas y curaba toda clase de enfermedades y echaba los demonios feroces; y tan

estupendos prodigios los realizaba con sólo la sombra de su cuerpo, y así convirtió a todo el orbe. Y si Elías resucitó a un muerto, los apóstoles resucitaron a muchos en número incontable, aun antes de recibir el Espíritu Santo. Por tal motivo, pues, los trajo a escena. Porque quería que sus discípulos imitaran su celo en atraer al pueblo, lo mismo que su constancia y su fortaleza; y que estuvieran llenos de mansedumbre, como Moisés lo estuvo, y de celo como Elías; y que fueran igualmente solícitos. Pues Elías sufrió por el pueblo judío tres años de hambre; y Moisés decía: *Perdónales su pecado o bórrame de tu libro, del que tienes escrito* (Ex 32, 32). Todo esto les traía a la memoria mediante aquella visión. Y los presentó en aquella gloria no para que ahí se detuvieran, sino que pasaran más allá de los límites de la palestra. De modo que cuando después dijeron: *Digamos que baje fuego del cielo* (Lc 9, 54-55), se acordaron de que así lo había hecho Elías; y él hubo de decirles: *No sabéis de qué espíritu sois*. Así los exhortó a olvidar las injurias, diferenciando los carismas. Pero no pienses que condenamos a Elías como imperfecto. No decimos eso. Por el contrario, era perfectísimo. Sino que en aquellos tiempos, cuando la mentalidad de los hombres era aún un tanto infantil, se necesitaba aquel modo de enseñanza. Y Moisés a su vez tenía también ese género de perfección. Pero a los apóstoles se les exigió más. Pues dijo Cristo: *Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 5, 20). Y fue porque ellos habían de entrar, no a Egipto, sino a todo el orbe, que se hallaba en peores condiciones que Egipto; y no iban a dialogar con un Faraón, sino a luchar con el demonio, tirano perversísimo.

Su empresa era atarlo y arrebatarle todos sus haberes; y la llevaron a cabo no dividiendo los mares, sino secando el abismo de la maldad mediante la vara de Jesé, abismo agitado de muy peores oleajes. Considera cuántas y cuán graves cosas se presentaban para inspirarles terror: muertes, pobreza, infamias, males infinitos; y todo eso lo temían más que otrora los judíos al Mar Rojo. Y sin embargo, Cristo los persuadió a que confiadamente acometieran por todo; y así con gran seguridad atravesaron por en medio, como por tierra seca. De modo que para excitarlos a semejante empresa trajo a escena a los varones dichos, que en el Antiguo Testamento brillaron.

¿Qué hizo entonces el fervoroso Pedro? Dijo: ¡Qué bien estamos aquí! Como había oído que Cristo iría a Jerusalén y allá padecería, todavía temblando y temeroso, tras de la increpación aquella, ya no se atreve a acercarse y decirle: No quiera Dios, Señor, que esto suceda; pero todavía sobrecogido de temor, viene a decirle lo mismo con otras palabras. Veía aquel monte, aquella vasta soledad, y pensaba que en aquel sitio había una seguridad plena; y no sólo por razón del lugar, sino porque ansía así apartarlo de ir a Jerusalén, otra vez; y quería que perpetuamente permaneciera ahí. Por eso habló de las tiendas de campaña.

Como si dijera: si esto se acepta, ya no tornaremos allá; y si no tornamos allá, no morirá El en Jerusalén. Pensaba que allá los escribas lo acometerían. Pero no se atrevió a decirlo claro. Mas tratando de conseguirlo se expresaba con toda seguridad y decía: ¡Qué bien estamos aquí! en donde se hallan presentes Moisés y Elías: Elías, que ordenó bajar fuego del cielo a la montaña, y Moisés, que entrado en la oscuridad habló con Dios. Y nadie sabrá en dónde nos encontramos. ¿Has visto el amor a Cristo harto fervoroso? No investigues si era prudente, si era oportuno aquel modo de exhortar; sino fíjate en cuán ferviente y cuán encendido es ese amor. Y que al decir lo que decía no temblaba únicamente por sí mismo, se ve por lo que dice cuando Cristo les anunció de antemano que se le preparaban asechanzas y la muerte. Óyelo: *Aunque fuera preciso morir contigo, jamás te negaré* (Mc 14, 31). Advierte cómo, puesto en mitad de los peligros, cuida poco de su vida; pues rodeado de tan gran muchedumbre, no sólo no huye, sino que desenvaina su cuchillo y corta la oreja a Malco, siervo del pontífice. Hasta tal punto se desentendía de sus propios intereses y temblaba por los de su Maestro.

Tras de aquella proposición tan absoluta, recapacita; y, temeroso de que de nuevo se le increpe, dice: Si quieres haré¹ aquí tres tiendas: una para ti, una para Moisés y otra para Elías. ¿Qué dices, oh Pedro? ¿Acaso no lo diferenciaste hace poco de los siervos? ¿Por qué ahora lo cuentas entre los siervos? ¿Adviertes cuán imperfectos eran los discípulos antes de la cruz? Ciertamente que el Padre le había hecho una revelación; pero esa revelación se le fue pronto de la memoria, perturbado no únicamente por el temor que ya dije sino por el otro que de la visión le había sobrevenido. Significando esto los otros evangelistas, es decir la confusión de la mente que sufría Pedro al hablar así, aclaran que esto le sucedió a causa del pavor. Porque Marcos dice: *No sabía lo que decía. Porque estaban aterrados* (Mc 9, 6). Y Lucas, habiendo referido lo de: *Hagamos tres tiendas, al punto añadió: Sin saber lo que decía* (Lc 9, 33). Y luego, significando que Pedro y los otros estaban llenos de temor, dice: Estaban cargados de sueño. Al despertar vieron su gloria. Llama sueño al adormecimiento que les aconteció con aquella visión. Pues así como los ojos con un fulgor excesivo quedan entenebrecidos, así les aconteció a ellos. Pues ahí no había noche sino día, y el brillo de la irradiación hería los ojos débiles.

Y ¿qué sucedió? El no habla. Tampoco Moisés, tampoco Elías. Habla aquel que es mayor que todos y más digno de fe. El Padre deja oír su voz desde la nube. ¿Por qué desde la nube? Porque siempre se presenta así. Dice David: *Hay en torno de El nube y oscuridad* (Sal 97, 2). Y también: *Haces de las nubes tu carro* (Sal 104, 3). Y luego: *Montado sobre ligera nube* (Is 19, 1). Y: *Una nube lo arrebató a sus ojos* (Hch 1, 9). Y además: *Vi venir sobre las nubes del cielo a uno como hijo de hombre* (Dn 7, 13). De modo que para que crean que la voz viene de Dios, sale de la nube; y la nube era lúcida. Pues dice el evangelista que: Aún estaba Pedro hablando cuando los cubrió una nube resplandeciente. Y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias. Escuchadlo.

Cuando Dios amenaza se muestra en una nube tenebrosa, como en el Sinaí. Pues dice la Escritura: *Moisés penetró dentro de la nube y en la tiniebla, y el humo subía como un vapor* (Ex 24, 18). Y el profeta, hablando de las amenazas de Dios, dice: *Hizo de las tinieblas un velo, oscuridad acuosa, densas nubes* (Sal 18, 12). Pero aquí, como no intentaba aterrorizar, sino enseñar, la nube es lúcida. Pedro decía: Hagamos tres tabernáculos; pero Cristo le manifestó un tabernáculo no hecho por mano de hombres. Por eso en el Sinaí había humo y vapor de horno; acá en cambio hay inefable luz y voz. Y luego, para manifestar que no se hablaba simplemente de uno de los tres, sino solamente de Cristo, cuando llegó la voz los otros dos ya habían desaparecido. Si de uno de ellos cualquiera se hubiera hablado, no habría permanecido Cristo solo, idos ya los otros.

¿Por qué la nube no cubrió únicamente a Cristo, sino a todos juntamente? Si hubiera envuelto únicamente a Cristo, se habría podido pensar que la voz era de Cristo. Por lo cual el evangelio, para confirmar en que no era voz de Cristo, añadió haber ella procedido del seno de la nube o sea de Dios. Y ¿qué dijo la voz? Este es mi Hijo amado. Si es amado, no temas, oh Pedro. Convenía que ya conocieras su virtud y su poder y que estuvieras seguro de su resurrección. Pero como aún lo ignoras, ten más confianza, a lo menos por la voz del Padre. Pues si Dios es poderoso, como de verdad lo es, también el Hijo lo es del mismo modo. En consecuencia, no temas los males. Y si aún no accedes a esto, piensa a lo menos que Cristo es el Hijo y que es amado. Pues dice el Padre: Este es mi Hijo amado. Si es amado, no temas, puesto que nadie rechaza al que ama. No te turbes, pues aunque mucho ames, no amas a Cristo más que su Padre lo ama.

¹ La vulgata dice “haremos”, en plural.

En el cual me he complacido. Y lo ama no sólo por haberlo engendrado, sino porque es igual a Él en absoluto y de su misma substancia y voluntad. De manera que existe un doble y aun triple argumento de amor: porque es el Hijo, porque es amado, porque en Él se ha complacido. Pero ¿qué significa: *en el cual me he complacido*? Es como si dijera: En el cual descanso; en el cual me deleito; el que es en absoluto igual a mí y que tiene una misma voluntad con el Padre. Y dice: Escuchadlo. De modo que, si Él quiere ser crucificado, no te opongas, oh Pedro. Al oírlos los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. Y Jesús se acercó y tocándolos les dijo: Levantaos, no temáis. Alzando los ojos ellos no vieron a nadie sino sólo a Jesús.

¿Por qué se atemorizaron cuando oyeron la voz? Porque ya en el Jordán anteriormente había venido esa voz; y estaban presentes las turbas, pero nadie se atemorizó. Y lo mismo en la otra ocasión, cuando decían que se había producido un trueno, tampoco sufrieron nada semejante. Entonces ¿por qué en el monte cayeron sobre su rostro? Porque la soledad, la altura del monte, la quietud misma eran grandes, y el hecho de la transfiguración estaba lleno de profundo pavor y la luz era brillantísima y la nube extensa: cosas todas que les infundieron terror. De todo el conjunto brotaba un divino terror, de manera que cayeron rostro en tierra juntamente temiendo y adorando.

Mas para que aquel terror, si duraba mucho, no les quitara la memoria, al punto Cristo los libra y se le ve ya a Él solo; y les ordena que a nadie lo digan, hasta que El resucite de entre los muertos. Pues al bajar del monte les mandó Jesús diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Pues cuanto eran más altas las cosas que de Él se contaban, tanto más dificultoso resultaba para muchos el creerlas; y con esto además crecía el escándalo de la cruz. Por eso les ordena callar; y no lo hace simplemente, sino de nuevo recordando su Pasión, y casi diciéndoles el motivo de mandarles callar. Porque no les ordena que jamás digan a nadie estas cosas, sino hasta que él resucite de entre los muertos. De modo que callando lo duro, solamente les dijo lo que era agradable. Y ¿qué iba a suceder? ¿Que ya no se escandalizarían ellos? De ninguna manera. Pero Cristo miraba únicamente al tiempo que precedería a la cruz; puesto que después habían de recibir el Espíritu Santo. Además de que los respaldaría la voz de los milagros en lo que decían y también que todo lo que decían era aceptable, pues las cosas mismas, con mayor claridad que cualquier trompeta, predicaban el poder de Cristo y no se oponía obstáculo alguno.

Nadie en consecuencia más bienaventurado que los apóstoles; sobre todo aquellos tres que se hallaron dignos de ser envueltos por la nube juntamente con Cristo. Pero, si queremos, podemos también nosotros ver a Cristo; en verdad, no como ellos lo vieron en el monte, sino con mayor esplendor; puesto que el último día no vendrá como allá en el monte. En éste, atemperándose a los discípulos, sólo dejó ver tanto resplandor cuanto ellos podían soportar. Pero en el último día vendrá en la propia gloria del Padre, no con Moisés y Elías solamente, sino con el inmenso ejército de los ángeles, con los arcángeles, con los querubines y con la infinita multitud de aquellos espíritus. No cubrirá su cabeza con una nube, sino que el cielo todo lo envolverá. Pues, así como a los jueces, cuando han de sentenciar públicamente, los que se hallan presentes les remueven los velos, para mostrarlos así a todos al descubierto, así en aquel día todos verán a Cristo sentado a juicio; y toda la humana naturaleza se presentará ante El y El personalmente la sentenciará.

A unos les dirá: *Venid, benditos de mi Padre, pues tuve hambre y me disteis de comer.* A otros: *Siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco te constituiré sobre lo mucho.* A otros, al contrario: *Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles.* Y a otros: *Siervo malo y holgazán.* A unos los hará pedazos y los entregará a los atormentadores; a otros ordenará que atados de pies y manos sean lanzados a las tinieblas exteriores. Y así tras del golpe de

la segur caerán al horno. Ahí irán también a caer los que son desechados de la red. Y los justos brillarán como el sol. Más aún mejor que el sol. No se dice esto porque su luz sea igual a la del sol, sino porque no tenemos un astro más luciente que el sol. De modo que por esta comparación quiso Cristo declarar el futuro resplandor de los santos. Pues también en el monte, cuando dijo el evangelista: Brilló como el sol, habló así por igual motivo. Que aquella luz fuera superior a la que se pone: en la comparación, lo testificaron los discípulos cayendo en tierra. Si no hubiera sido una luz intensísima, sino igual a la del sol, no hubieran así caído, sino que fácilmente la habrían tolerado.

De modo que en aquel día los justos resplandecerán como el sol y más que el sol, mientras que los pecadores sufrirán castigos eternos. No se necesitarán entonces explicaciones, ni argumentos ni pruebas ni testigos. Porque el juez mismo será todo a la vez: testigo, prueba y juez. Él lo conoce todo claramente. Porque: *Todas las cosas están desnudas y manifiestas a sus ojos* (Hb 4, 13). Nadie aparecerá ahí como rico ni como pobre, como poderoso ni como débil, como sabio o como ignorante, como siervo ni como libre; sino que quitadas todas esas máscaras, sólo se examinarán las obras. Si acá en los tribunales, cuando alguno perora sobre la tiranía o el asesinato, aun cuando el acusado sea prefecto, o cónsul, o tenga otra dignidad cual quiera, desaparecen ahí todas las insignias de dignidades, y el que queda convicto sufre el extremo castigo, con mucha mayor razón en el último día las cosas irán por esos mismos caminos.

Para que esto no nos suceda, despojémonos, os ruego, de los vestidos sórdidos y revistámonos de las armas de la luz, y entonces la gloria de Dios nos envolverá. Al fin y al cabo: ¿cuál de los preceptos es duro? ¿Cuál no es fácil? Oye lo que dice el profeta: *Ni aunque encorvares tu cuello a la manera de un collar y te acostares con saco y en ceniza, ni así será agradable tu ayuno; sino rompe las ataduras de iniquidad, deshaz los haces opresores* (Is 58, 6-7). Observa la sabiduría del profeta. Puso primero lo gravoso y lo removió, y luego ruega que consigamos la salvación por medios más fáciles, declarando de esta manera que Dios no pide trabajos sino obediencia. Y luego, para demostrar que es fácil la virtud y en cambio es gravosa la perversidad, con sus claros nombres lo expresó. Pues dice que la perversidad es cadena y constricción, en tanto que la virtud es liberación y suelta de esas cadenas.

(Homilía sobre el Evangelio de San Mateo, n. 53).

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2015

Ángelus 2014

«Subir» con la oración, escuchar a Jesús y «bajar» con la caridad fraterna

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy el Evangelio nos presenta el acontecimiento de la Transfiguración. Es la segunda etapa del camino cuaresmal: la primera, las tentaciones en el desierto, el domingo pasado; la segunda: la Transfiguración. Jesús «tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto» (Mt 17, 1). La montaña en la Biblia representa el lugar de la cercanía con Dios y del encuentro íntimo con Él; el sitio de la oración, para estar en presencia del Señor. Allí arriba, en el monte, Jesús se muestra a los tres discípulos transfigurado, luminoso, bellissimo; y luego aparecen Moisés y Elías, que conversan con Él. Su rostro estaba tan resplandeciente y sus vestiduras tan candidas, que Pedro quedó iluminado, en tal medida que quería permanecer allí, casi deteniendo ese momento. Inmediatamente resuena desde lo alto la voz del Padre que proclama a Jesús su Hijo predilecto, diciendo: «Escuchadlo» (v. 5). ¡Esta palabra es importante! Nuestro Padre que dijo a los

apóstoles, y también a nosotros: «Escuchad a Jesús, porque es mi Hijo predilecto». Mantengamos esta semana esta palabra en la cabeza y en el corazón: «Escuchad a Jesús». Y esto no lo dice el Papa, lo dice Dios Padre, a todos: a mí, a vosotros, a todos, a todos. Es como una ayuda para ir adelante por el camino de la Cuaresma. «Escuchad a Jesús». No lo olvidéis.

Es muy importante esta invitación del Padre. Nosotros, discípulos de Jesús, estamos llamados a ser personas que escuchan su voz y toman en serio sus palabras. Para escuchar a Jesús es necesario estar cerca de Él, seguirlo, como hacían las multitudes del Evangelio que lo seguían por los caminos de Palestina. Jesús no tenía una cátedra o un púlpito fijos, sino que era un maestro itinerante, proponía sus enseñanzas, que eran las enseñanzas que le había dado el Padre, a lo largo de los caminos, recorriendo trayectos no siempre previsibles y a veces poco libres de obstáculos. Seguir a Jesús para escucharle. Pero también escuchamos a Jesús en su Palabra escrita, en el Evangelio. Os hago una pregunta: ¿vosotros leéis todos los días un pasaje del Evangelio? Sí, no... sí, no... Mitad y mitad... Algunos sí y algunos no. Pero es importante. ¿Vosotros leéis el Evangelio? Es algo bueno; es una cosa buena tener un pequeño Evangelio, pequeño, y llevarlo con nosotros, en el bolsillo, en el bolso, y leer un breve pasaje en cualquier momento del día. En cualquier momento del día tomo del bolsillo el Evangelio y leo algo, un breve pasaje. Es Jesús que nos habla allí, en el Evangelio. Pensad en esto. No es difícil, ni tampoco necesario que sean los cuatro: uno de los Evangelios, pequeñito, con nosotros. Siempre el Evangelio con nosotros, porque es la Palabra de Jesús para poder escucharle.

De este episodio de la Transfiguración quisiera tomar dos elementos significativos, que sintetizo en dos palabras: *subida* y *descenso*. Nosotros necesitamos ir a un lugar apartado, subir a la montaña en un espacio de silencio, para encontrarnos a nosotros mismos y percibir mejor la voz del Señor. Esto hacemos en la oración. Pero no podemos permanecer allí. El encuentro con Dios en la oración nos impulsa nuevamente a «bajar de la montaña» y volver a la parte baja, a la llanura, donde encontramos a tantos hermanos afligidos por fatigas, enfermedades, injusticias, ignorancias, pobreza material y espiritual. A estos hermanos nuestros que atraviesan dificultades, estamos llamados a llevar los frutos de la experiencia que hemos tenido con Dios, compartiendo la gracia recibida. Y esto es curioso. Cuando oímos la Palabra de Jesús, escuchamos la Palabra de Jesús y la tenemos en el corazón, esa Palabra crece. ¿Sabéis cómo crece? ¡Donándola al otro! La Palabra de Cristo crece en nosotros cuando la proclamamos, cuando la damos a los demás. Y ésta es la vida cristiana. Es una misión para toda la Iglesia, para todos los bautizados, para todos nosotros: escuchar a Jesús y donarlo a los demás. No olvidarlo: esta semana, escuchad a Jesús. Y pensad en esta cuestión del Evangelio: ¿lo haréis? ¿Haréis esto? Luego, el próximo domingo me diréis si habéis hecho esto: llevar un pequeño Evangelio en el bolsillo o en el bolso para leer un breve pasaje durante el día.

Y ahora dirijámonos a nuestra Madre María, y encomendémonos a su guía para continuar con fe y generosidad este itinerario de la Cuaresma, aprendiendo un poco más a «subir» con la oración y escuchar a Jesús y a «bajar» con la caridad fraterna, anunciando a Jesús.

A todos deseo un feliz domingo y un buen almuerzo. ¡Hasta la vista!

Ángelus 2015

El amor transfigura todo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El domingo pasado la liturgia nos presentó a Jesús tentado por Satanás en el desierto, pero victorioso en la tentación. A la luz de este Evangelio, hemos tomado nuevamente conciencia de nuestra condición de pecadores, pero también de la victoria sobre el mal donada a quienes inician el camino de conversión y que, como Jesús, quieren hacer la voluntad del Padre. En este segundo domingo de Cuaresma, la Iglesia nos indica *la meta* de este itinerario de conversión, es decir, la participación en la *gloria de Cristo*, que resplandece en el rostro del Siervo obediente, muerto y resucitado por nosotros.

El pasaje evangélico narra el acontecimiento de la Transfiguración, que se sitúa en la cima del ministerio público de Jesús. Él está en camino hacia Jerusalén, donde se cumplirán las profecías del «Siervo de Dios» y se consumará su sacrificio redentor. La multitud no entendía esto: ante las perspectivas de un Mesías que contrasta con sus expectativas terrenas, lo abandonaron. Pero ellos pensaban que el Mesías sería un liberador del dominio de los romanos, un liberador de la patria, y esta perspectiva de Jesús no les gusta y lo abandonan. Incluso los Apóstoles no entienden las palabras con las que Jesús anuncia el cumplimiento de su misión en la pasión gloriosa, ¡no comprenden! Jesús entonces toma la decisión de mostrar a Pedro, Santiago y Juan una anticipación de su gloria, la que tendrá después de la resurrección, para confirmarlos en la fe y alentarlos a seguirlo por la senda de la prueba, por el camino de la Cruz. Y, así, sobre un monte alto, inmerso en oración, se transfigura delante de ellos: su rostro y toda su persona irradian una luz resplandeciente. Los tres discípulos están asustados, mientras una nube los envuelve y desde lo alto resuena —como en el Bautismo en el Jordán— la voz del Padre: «Este es mi Hijo amado; escuchadlo» (*Mc 9, 7*). Jesús es el Hijo hecho Siervo, enviado al mundo para realizar a través de la Cruz el proyecto de la salvación, para salvarnos a todos nosotros. Su adhesión plena a la voluntad del Padre hace su *humanidad transparente a la gloria de Dios, que es el Amor*.

Jesús se revela así como el icono perfecto del Padre, la irradiación de su gloria. Es el cumplimiento de la revelación; por eso junto a Él transfigurado aparecen Moisés y Elías, que representan la Ley y los Profetas, para significar que todo termina y comienza en Jesús, en su pasión y en su gloria.

La consigna para los discípulos y para nosotros es esta: «¡Escuchadlo!». Escuchad a Jesús. Él es el Salvador: seguidlo. Escuchar a Cristo, en efecto, lleva a *asumir la lógica de su misterio pascual*, ponerse en camino con Él para hacer de la propia vida un don de amor para los demás, en dócil obediencia a la voluntad de Dios, con una actitud de desapego de las cosas mundanas y de libertad interior. Es necesario, en otras palabras, estar dispuestos a «perder la propia vida» (cf. *Mc 8, 35*), entregándola a fin de que todos los hombres se salven: así, nos encontraremos en la felicidad eterna. El camino de Jesús nos lleva siempre a la felicidad, ¡no lo olvidéis! El camino de Jesús nos lleva siempre a la felicidad. Habrá siempre una cruz en medio, pruebas, pero al final nos lleva siempre a la felicidad. Jesús no nos engaña, nos prometió la felicidad y nos la dará si vamos por sus caminos.

Con Pedro, Santiago y Juan subamos también nosotros hoy al monte de la Transfiguración y permanezcamos en contemplación del rostro de Jesús, para acoger su mensaje y traducirlo en nuestra vida; para que también nosotros podamos ser transfigurados por el Amor. En realidad, el amor es capaz de transfigurar todo. ¡El amor transfigura todo! ¿Creéis en esto? Que la Virgen María, que ahora invocamos con la oración del Ángelus, nos sostenga en este camino.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011

Ángelus 2008

Escuchar a Jesús, seguirlo por el camino de la cruz, esperar en la resurrección

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer se concluyeron aquí, en el palacio apostólico, los ejercicios espirituales durante los cuales, como todos los años, se unieron en la oración y en la meditación el Papa y sus colaboradores de la Curia romana. Doy las gracias a cuantos nos han acompañado espiritualmente: el Señor los recompense por su generosidad.

Hoy, segundo domingo de Cuaresma, prosiguiendo el camino penitencial, la liturgia, después de habernos presentado el domingo pasado el evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, nos invita a reflexionar sobre el acontecimiento extraordinario de la Transfiguración en el monte. Considerados juntos, ambos episodios anticipan el misterio pascual: la lucha de Jesús con el tentador preludia el gran duelo final de la Pasión, mientras la luz de su cuerpo transfigurado anticipa la gloria de la Resurrección. Por una parte, vemos a Jesús plenamente hombre, que comparte con nosotros incluso la tentación; por otra, lo contemplamos como Hijo de Dios, que diviniza nuestra humanidad. De este modo, podríamos decir que estos dos domingos son como dos pilares sobre los que se apoya todo el edificio de la Cuaresma hasta la Pascua, más aún, toda la estructura de la vida cristiana, que consiste esencialmente en el dinamismo pascual: de la muerte a la vida.

El monte —tanto el Tabor como el Sinaí— es el lugar de la cercanía con Dios. Es el espacio elevado, con respecto a la existencia diaria, donde se respira el aire puro de la creación. Es el lugar de la oración, donde se está en la presencia del Señor, como Moisés y Elías, que aparecen junto a Jesús transfigurado y hablan con él del *éxodo* que le espera en Jerusalén, es decir, de su Pascua.

La Transfiguración es un acontecimiento de oración: orando, Jesús se sumerge en Dios, se une íntimamente a él, se adhiere con su voluntad humana a la voluntad de amor del Padre, y así la luz lo invade y aparece visiblemente la verdad de su ser: él es Dios, Luz de Luz. También el vestido de Jesús se vuelve blanco y resplandeciente. Esto nos hace pensar en el Bautismo, en el vestido blanco que llevan los neófitos. Quien renace en el Bautismo es revestido de luz, anticipando la existencia celestial, que el Apocalipsis representa con el símbolo de las vestiduras blancas (cf. *Ap* 7, 9. 13).

Aquí está el punto crucial: la Transfiguración es anticipación de la resurrección, pero esta presupone la muerte. Jesús manifiesta su gloria a los Apóstoles, a fin de que tengan la fuerza para afrontar el escándalo de la cruz y comprendan que es necesario pasar a través de muchas tribulaciones para llegar al reino de Dios. La voz del Padre, que resuena desde lo alto, proclama que Jesús es su Hijo predilecto, como en el bautismo en el Jordán, añadiendo: *Escuchadlo* (*Mt* 17, 5). Para entrar en la vida eterna es necesario escuchar a Jesús, seguirlo por el camino de la cruz, llevando en el corazón, como él, la esperanza de la resurrección. *Spe salvi*, salvados en esperanza. Hoy podemos decir: *Transfigurados en esperanza*.

Dirigiéndonos ahora con la oración a María, reconozcamos en ella a la criatura humana transfigurada interiormente por la gracia de Cristo, y encomendémonos a su guía para recorrer con fe y generosidad el itinerario de la Cuaresma.

Ángelus 2011

Escuchar la Palabra de Dios y seguir a Jesús

Queridos hermanos y hermanas

Doy gracias al Señor que me ha permitido vivir en estos días los Ejercicios Espirituales, y estoy agradecido a cuantos han estado cerca de mí con la oración. El domingo de hoy, segundo de Cuaresma, es llamado de la Transfiguración, porque el Evangelio narra este misterio de la vida de Cristo. Él, tras haber preanunciado a sus discípulos su pasión, “tomó a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte elevado. Allí se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz” (Mt 17,1-2). Según los sentidos, la luz del sol es la más intensa que se conoce en la naturaleza, pero, según el espíritu, los discípulos vieron, por un breve tiempo, un esplendor aún más intenso, el de la gloria divina de Jesús, que ilumina toda la historia de la salvación. San Máximo el Confesor afirma que “las vestiduras blancas llevaban el símbolo de las palabras de la Sagrada Escritura, que se volvían claras y transparentes y luminosas” (*Ambiguum* 10).

Dice el Evangelio que, junto a Jesús transfigurado, “aparecieron Moisés y Elías y conversaban con él” (Mt 17,3); Moisés y Elías, figura de la Ley y de los Profetas. Fue entonces cuando Pedro, extasiado, exclamó: “Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, levantaré aquí mismo tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías” (Mt 17,4). Pero san Agustín comenta diciendo que nosotros tenemos sólo una morada: Cristo; Él “es la Palabra de Dios, Palabra de Dios en la Ley, Palabra de Dios en los Profetas” (*Sermo De Verbis Ev.* 78,3). De hecho, el Padre mismo proclama: “Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escuchadle” (Mt 17,5). La Transfiguración no es un cambio de Jesús, sino que es la revelación de su divinidad, “la íntima compenetración de su ser con Dios, que se convierte en pura luz. En su ser uno con el Padre, Jesús mismo es Luz de Luz” (*Jesús de Nazaret*, Milán 2007). Pedro, Santiago y Juan, contemplando la divinidad del Señor, son preparados para afrontar el escándalo de la cruz, como se canta en un antiguo himno: “En el monte te transfiguraste y tus discípulos, en cuanto eran capaces, contemplaron tu gloria, para que, viéndote crucificado, comprendieran que tu pasión era voluntaria y anunciaran al mundo que tú eres verdaderamente el esplendor del Padre” (t. 6, Roma 1901, 341).

Queridos amigos, participemos también nosotros de esta visión y de este don sobrenatural, dando espacio a la oración y a la escucha de la Palabra de Dios. Además, especialmente en este tiempo de Cuaresma, os exhorto, como escribe el Siervo de Dios Pablo VI, “a responder al precepto divino de la penitencia con algún acto voluntario, además de las renunciaciones impuestas por el peso de la vida cotidiana” (Const. ap. *Penitemini*, 17 de febrero de 1966). Invoquemos a la Virgen María, para que nos ayude a escuchar y seguir siempre al Señor Jesús, hasta la pasión y la cruz, para participar también en su gloria.

Homilía en la Misa de Dedicación de una iglesia, 20 de marzo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho estar entre vosotros para celebrar un acontecimiento tan significativo como es la dedicación a Dios y al servicio de la comunidad de esta iglesia en honor de san Corbiniano. La Providencia ha querido que este encuentro tenga lugar el segundo domingo de Cuaresma, que se caracteriza por el Evangelio de la Transfiguración de Jesús. Por eso, hoy se unen dos elementos, ambos muy importantes: por una parte, el misterio de la Transfiguración y, por otra, el del templo, es decir, de la casa de Dios en medio de vuestras casas. Las lecturas bíblicas que hemos escuchado han sido elegidas para iluminar estos dos aspectos.

La Transfiguración. El evangelista Mateo nos ha narrado lo que aconteció cuando Jesús subió a un monte alto llevando consigo a tres de sus discípulos: Pedro, Santiago y Juan. Mientras estaban en lo alto del monte, ellos solos, el rostro de Jesús se volvió resplandeciente, al igual que sus vestidos. Es lo que llamamos «Transfiguración»: un misterio luminoso, confortante. ¿Cuál es su significado? La Transfiguración es una revelación de la persona de Jesús, de su realidad profunda. De hecho, los testigos oculares de ese acontecimiento, es decir, los tres Apóstoles, quedaron cubiertos por una nube, también ella luminosa —que en la Biblia anuncia siempre la presencia de Dios— y oyeron una voz que decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo» (Mt 17, 5). Con este acontecimiento los discípulos se preparan para el misterio pascual de Jesús: para superar la terrible prueba de la pasión y también para comprender bien el hecho luminoso de la resurrección.

El relato habla también de Moisés y Elías, que se aparecieron y conversaban con Jesús. Efectivamente, este episodio guarda relación con otras dos revelaciones divinas. Moisés había subido al monte Sinaí, y allí había tenido la revelación de Dios. Había pedido ver su gloria, pero Dios le había respondido que no lo vería cara a cara, sino sólo de espaldas (cf. Ex 33, 18-23). De modo análogo, también Elías tuvo una revelación de Dios en el monte: una manifestación más íntima, no con una tempestad, ni con un terremoto o con el fuego, sino con una brisa ligera (cf. 1 R 19, 11-13). A diferencia de estos dos episodios, en la Transfiguración no es Jesús quien tiene la revelación de Dios, sino que es precisamente en él en quien Dios se revela y quien revela su rostro a los Apóstoles. Así pues, quien quiera conocer a Dios, debe contemplar el rostro de Jesús, su rostro transfigurado: Jesús es la perfecta revelación de la santidad y de la misericordia del Padre. Además, recordemos que en el monte Sinaí Moisés tuvo también la revelación de la voluntad de Dios: los diez Mandamientos. E igualmente en el monte Elías recibió de Dios la revelación divina de una misión por realizar. Jesús, en cambio, no recibe la revelación de lo que deberá realizar: ya lo conoce. Más bien son los Apóstoles quienes oyen, en la nube, la voz de Dios que ordena: «Escuchadlo». La voluntad de Dios se revela plenamente en la persona de Jesús. Quien quiera vivir según la voluntad de Dios, debe seguir a Jesús, escucharlo, acoger sus palabras y, con la ayuda del Espíritu Santo, profundizarlas. Esta es la primera invitación que deseo haceros, queridos amigos, con gran afecto: creced en el conocimiento y en el amor a Cristo, como individuos y como comunidad parroquial; encontradlo en la Eucaristía, en la escucha de su Palabra, en la oración, en la caridad (...).

Queridos amigos de san Corbiniano, el Señor Jesús, que llevó a los Apóstoles al monte a orar y les manifestó su gloria, hoy nos ha invitado a nosotros a esta nueva iglesia: aquí podemos escucharlo, aquí podemos reconocer su presencia al partir el Pan eucarístico, y de este modo llegar a ser Iglesia viva, templo del Espíritu Santo, signo del amor de Dios en el mundo. Volved a vuestras casas con el corazón lleno de gratitud y de alegría, porque formáis parte de este gran edificio espiritual que es la Iglesia. A la Virgen María encomendamos nuestro camino cuaresmal, así como el de la toda la Iglesia. Que la Virgen, que siguió a su Hijo Jesús hasta la cruz, nos ayude a ser discípulos fieles de Cristo, para poder participar juntamente con ella en la alegría de la Pascua. Amén.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

Evangelio del II domingo de Cuaresma

64. El pasaje evangélico del II domingo de Cuaresma es siempre la narración de la Transfiguración.

Es curioso cómo la gloriosa e inesperada transfiguración del cuerpo de Jesús, en presencia de los tres discípulos elegidos, tiene lugar inmediatamente después de la primera predicación de la Pasión. (Estos tres discípulos – Pedro, Santiago y Juan – también estarán con Jesús durante la agonía en Getsemaní, la víspera de la Pasión). En el contexto de la narración, en cada uno de los tres Evangelios, Pedro, apenas ha confesado su fe en Jesús como Mesías. Jesús acepta esta confesión, pero inmediatamente se dirige a los discípulos y les explica qué tipo de Mesías es él: «empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día». Sucesivamente pasa a enseñar qué implica seguir al Mesías: «El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga». Es después de este evento, cuando Jesús toma a los tres discípulos y los lleva a lo alto de un monte, y es allí donde su cuerpo resplandece de la gloria divina; y se les aparecen Moisés y Elías, que conversaban con Jesús. Estaban todavía hablando, cuando una nube, signo de la presencia divina, como había sucedido en el monte Sinaí, le envolvió junto a sus discípulos. De la nube se elevó una voz, así como en el Sinaí el trueno advertía que Dios estaba hablando con Moisés y le entregaba la Ley, la Torah. Esta es la voz del Padre, que revela la identidad más profunda de Jesús y la testimonia diciendo: «Este es mi Hijo amado; escuchadlo» (Mc 9,7).

65. Muchos temas y modelos puestos en evidencia en el presente *Directorio* se concentran en esta sorprendente escena. Ciertamente, cruz y gloria están asociadas. Claramente, todo el Antiguo Testamento, representado por Moisés y Elías, afirma que la cruz y la gloria están asociadas. El homileta debe abordar estos argumentos y explicarlos. Probablemente, la mejor síntesis del significado de tal misterio nos la ofrecen las bellísimas palabras del prefacio de este domingo. El sacerdote, iniciando la oración eucarística, en nombre de todo el pueblo, da gracias a Dios por medio de Cristo nuestro Señor, por el misterio de la Transfiguración: «Él, después de anunciar su muerte a los discípulos les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la Resurrección». Con estas palabras, en este día, la comunidad se abre a la oración eucarística.

66. En cada uno de los pasajes de los Sinópticos, la voz del Padre identifica en Jesús a su Hijo amado y ordena: «Escuchadlo». En el centro de esta escena de gloria trascendente, la orden del Padre traslada la atención sobre el camino que lleva a la gloria. Es como si dijese: «Escuchadlo, en él está la plenitud de mi amor, que se revelará en la cruz». Esta enseñanza es una nueva Torah, la nueva Ley del Evangelio, dada en el monte santo poniendo en el centro la gracia del Espíritu Santo, otorgada a cuantos depositan su fe en Jesús y en los méritos de su cruz. Porque él enseña este camino, la gloria resplandece del cuerpo de Jesús y viene revelado por el Padre como el Hijo amado. ¿Quizá no estemos aquí adentrándonos en el corazón del misterio trinitario? En la gloria del Padre vemos la gloria del Hijo, inseparablemente unida a la cruz. El Hijo revelado en la Transfiguración es «luz de luz», como afirma el Credo; este momento de las Sagradas Escrituras es, ciertamente, una de las más fuertes autoridades para la fórmula del Credo.

67. La Transfiguración ocupa un lugar fundamental en el Tiempo de Cuaresma, ya que todo el Leccionario Cuaresmal es una guía que prepara al elegido entre los catecúmenos para recibir los sacramentos de la iniciación en la Vigilia pascual, así como prepara a todos los fieles para renovarse en la nueva vida a la que han renacido. Si el I domingo de Cuaresma es una llamada particularmente eficaz a la solidaridad que Jesús comparte con nosotros en la tentación, el II domingo nos recuerda que la gloria resplandeciente del cuerpo de Jesús es la misma que él quiere compartir con todos los bautizados en su Muerte y Resurrección. El homileta, para dar fundamento a esto, puede justamente acudir a las palabras y a la autoridad de san Pablo, quien afirma que “Cristo transformará nuestra

condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa” (Fil 3,21). Este versículo se encuentra en la segunda lectura del ciclo C, pero, cada año, puede poner de relieve cuanto hemos apuntado.

68. En este domingo, mientras los fieles se acercan en procesión a la Comunión, la Iglesia hace cantar en la antífona las palabras del Padre escuchadas en el Evangelio: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo». Lo que los tres discípulos escogidos escuchan y contemplan en la Transfiguración viene ahora exactamente a converger con el acontecimiento litúrgico, en el que los fieles reciben el Cuerpo y la Sangre del Señor. En la *oración después de la Comunión* damos gracias a Dios porque «nos haces partícipes, ya en este mundo, de los bienes eternos de tu reino». Mientras están allí arriba, los discípulos ven la gloria divina resplandecer en el Cuerpo de Jesús. Mientras están aquí abajo, los fieles reciben su Cuerpo y Sangre y escuchan la voz del Padre que les dice en la intimidad de sus corazones: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo».

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Transfiguración

Una visión anticipada del Reino: La Transfiguración.

554. A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro “comenzó a mostrar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén, y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día” (Mt 16, 21): Pedro rechazó este anuncio (cf. Mt 16, 22-23), los otros no lo comprendieron mejor (cf. Mt 17, 23; Lc 9, 45). En este contexto se sitúa el episodio misterioso de la Transfiguración de Jesús (cf. Mt 17, 1-8 par.: 2 P 1, 16-18), sobre una montaña, ante tres testigos elegidos por él: Pedro, Santiago y Juan. El rostro y los vestidos de Jesús se pusieron fulgurantes como la luz, Moisés y Elías aparecieron y le “hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén” (Lc 9, 31). Una nube les cubrió y se oyó una voz desde el cielo que decía: “Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadle” (Lc 9, 35).

555. Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para “entrar en su gloria” (Lc 24, 26), es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías (cf. Lc 24, 27). La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios (cf. Is 42, 1). La nube indica la presencia del Espíritu Santo: “Tota Trinitas apparuit: Pater in voce; Filius in homine, Spiritus in nube clara” (“Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa” (Santo Tomás, s.th. 3, 45, 4, ad 2):

Tú te has transfigurado en la montaña, y, en la medida en que ellos eran capaces, tus discípulos han contemplado Tu Gloria, oh Cristo Dios, a fin de que cuando te vieran crucificado comprendiesen que Tu Pasión era voluntaria y anunciaran al mundo que Tú eres verdaderamente la irradiación del Padre (Liturgia bizantina, Kontakion de la Fiesta de la Transfiguración,)

556. En el umbral de la vida pública se sitúa el Bautismo; en el de la Pascua, la Transfiguración. Por el bautismo de Jesús “fue manifestado el misterio de la primera regeneración”: nuestro bautismo; la Transfiguración “es el sacramento de la segunda regeneración”: nuestra propia resurrección (Santo Tomás, s.th. 3, 45, 4, ad 2). Desde ahora nosotros participamos en la Resurrección del Señor por el Espíritu Santo que actúa en los sacramentos del Cuerpo de Cristo. La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo “el cual transfigurará este miserable cuerpo

nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo” (Flp 3, 21). Pero ella nos recuerda también que “es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios” (Hch 14, 22):

Pedro no había comprendido eso cuando deseaba vivir con Cristo en la montaña (cf. Lc 9, 33). Te ha reservado eso, oh Pedro, para después de la muerte. Pero ahora, él mismo dice: Desciende para penar en la tierra, para servir en la tierra, para ser despreciado y crucificado en la tierra. La Vida descende para hacerse matar; el Pan descende para tener hambre; el Camino descende para fatigarse andando; la Fuente descende para sentir la sed; y tú, ¿vas a negarte a sufrir? (S. Agustín, serm. 78, 6).

568. La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los Apóstoles ante la proximidad de la Pasión: la subida a un “monte alto” prepara la subida al Calvario. Cristo, Cabeza de la Iglesia, manifiesta lo que su cuerpo contiene e irradia en los sacramentos: “la esperanza de la gloria” (Col 1, 27) (cf. S. León Magno, serm. 51, 3).

La obediencia de Abrahán

Dios elige a Abraham

59. Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abraham llamándolo “fuera de su tierra, de su patria y de su casa” (Gn 12,1), para hacer de él “Abraham”, es decir, “el padre de una multitud de naciones” (Gn 17,5): “En ti serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gn 12,3 LXX; cf. Ga 3,8).

Abraham, “el padre de todos los creyentes”

145. La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: “Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba” (Hb 11,8; cf. Gn 12,1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23,4). Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11,17).

146. Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven” (Hb 11,1). “Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia” (Rom 4,3; cf. Gn 15,6). Gracias a esta “fe poderosa” (Rom 4,20), Abraham vino a ser “el padre de todos los creyentes” (Rom 4,11.18; cf. Gn 15,15).

La Promesa y la oración de la fe

2570. Cuando Dios le llama, Abraham parte “como se lo había dicho el Señor” (Gn 12, 4): todo su corazón se somete a la Palabra y obedece. La obediencia del corazón a Dios que llama es esencial a la oración, las palabras tienen un valor relativo. Por eso, la oración de Abraham se expresa primeramente con hechos: hombre de silencio, en cada etapa construye un altar al Señor. Solamente más tarde aparece su primera oración con palabras: una queja velada recordando a Dios sus promesas que no parecen cumplirse (cf Gn 15, 2-3). De este modo surge desde los comienzos uno de los aspectos de la tensión dramática de la oración: la prueba de la fe en la fidelidad a Dios.

2571. Habiendo creído en Dios (cf Gn 15, 6), marchando en su presencia y en alianza con él (cf Gn 17, 2), el patriarca está dispuesto a acoger en su tienda al Huésped misterioso: es la admirable hospitalidad de Mambré, preludio a la anunciación del verdadero Hijo de la promesa (cf Gn 18, 1-15; Lc 1, 26-38). Desde entonces, habiéndole confiado Dios su Plan, el corazón de Abraham está en consonancia con la compasión de su Señor hacia los hombres y se atreve a interceder por ellos con una audaz confianza (cf Gn 18, 16-33).

2572. Como última purificación de su fe, se le pide al “que había recibido las promesas” (Hb 11, 17) que sacrifique al hijo que Dios le ha dado. Su fe no vacila: “Dios proveerá el cordero para el holocausto” (Gn 22, 8), “pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos” (Hb 11, 19). Así, el padre de los creyentes se hace semejante al Padre que no perdonará a su propio Hijo, sino que lo entregará por todos nosotros (cf Rm 8, 32). La oración restablece al hombre en la semejanza con Dios y le hace participar en la potencia del amor de Dios que salva a la multitud (cf Rm 4, 16-21).

La promesa de Dios a Abrahán se cumple en Cristo

706. Contra toda esperanza humana, Dios promete a Abraham una descendencia, como fruto de la fe y del poder del Espíritu Santo (cf. Gn 18, 1-15; Lc 1, 26-38. 54-55; Jn 1, 12-13; Rm 4, 16-21). En ella serán bendecidas todas las naciones de la tierra (cf. Gn 12, 3). Esta descendencia será Cristo (cf. Ga 3, 16) en quien la efusión del Espíritu Santo formará “la unidad de los hijos de Dios dispersos” (cf. Jn 11, 52). Comprometiéndose con juramento (cf. Lc 1, 73), Dios se obliga ya al don de su Hijo Amado (cf. Gn 22, 17-19; Rm 8, 32; Jn 3, 16) y al don del “Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda ... para redención del Pueblo de su posesión” (Ef 1, 13-14; cf. Ga 3, 14).

La llamada a la santidad

IV LA SANTIDAD CRISTIANA

2012. “Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman...a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los llamó; y a los que llamó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a esos también los glorificó” (Rm 8,28-30).

2013. “Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG 40). Todos son llamados a la santidad: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48):

Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen, y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre. De esta manera, la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos (LG 40).

2014. El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística”, porque participa en el misterio de Cristo mediante los sacramentos –“los santos misterios”- y, en él, en el misterio de la Santa Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con él, aunque gracias especiales o signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para así manifestar el don gratuito hecho a todos.

2028. “Todos los fieles...son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG 40). “La perfección cristiana sólo tiene un límite: el de no tener límite” (S. Gregorio de Nisa, v. Mos.).

2813. En el agua del bautismo, hemos sido “lavados, santificados, justificados en el Nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co 6, 11). A lo largo de nuestra vida, nuestro Padre “nos llama a la santidad” (1 Ts 4, 7) y como nos viene de él que “estemos en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros santificación” (1 Co 1, 30), es cuestión de su Gloria y de nuestra vida el que su Nombre sea santificado en nosotros y por nosotros. Tal es la exigencia de nuestra primera petición.

¿Quién podría santificar a Dios puesto que él santifica? Inspirándonos nosotros en estas palabras 'Sed santos porque yo soy santo' (Lv 20, 26), pedimos que, santificados por el bautismo, perseveremos en lo que hemos comenzado a ser. Y lo pedimos todos los días porque faltamos diariamente y debemos purificar nuestros pecados por una santificación incesante... Recurrimos, por tanto, a la oración para que esta santidad permanezca en nosotros (San Cipriano, Dom orat. 12).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Se transfiguró delante de ellos

El Evangelio del segundo Domingo de Cuaresma es el de la transfiguración de Jesús:

«Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos».

Resumo el suceso para que nos esté presente. Jesús sube a un monte, que la tradición identifica con el actual monte Tabor, y allí tiene lugar algo extraordinario. En un cierto punto una luz deslumbrante lo envuelve; aparecen Moisés y Elías; se escucha la voz del Padre, que proclama: «Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo». Hay tal aire de paz y bienestar que Pedro exclama: «Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas...»

Intentemos considerar la transfiguración sólo desde el punto de vista de los tres discípulos. ¿Qué les sucede a ellos? Aquel momento, ¿qué les significó para ellos? Hasta entonces habían conocido a Jesús en su aspecto externo, un hombre no diferente de los demás, del que conocían su proveniencia, sus costumbres, el timbre de su voz... Ahora, conocen a otro Jesús, al verdadero Jesús, aquel a quien no se le consigue ver con los ojos de todos los días, a la luz normal del sol, sino que es fruto de una revelación imprevista, de un cambio, de un don.

Ahora bien, yo quisiera tomar el bosquejo de este suceso para una reflexión que nos afecta de cerca y que nos permite llevar adelante, al mismo tiempo, aquel nuestro proyecto de dedicar las reflexiones cuaresmales a la persona de Jesucristo. Declaro que esta será una disertación claramente de fe, no buena del mismo modo para todos, creyentes e indiferentes. Pero, si yo fuese un no-creyente lo que me daría más fastidio sería precisamente el verme presentar la fe como una píldora edulcorada, tranquilizante, que no pide nada más de quien escucha si no es un poco de tolerancia. Lo que quisiera, por el contrario, teniendo fe, sería que la Iglesia me exponga su mensaje hasta el fondo, sin aguarlo, dejándome después a mí naturalmente la plena libertad de decidir si lo acepto o no.

Con este espíritu, por lo tanto, nos preguntamos: ¿qué les falta a los cristianos de hoy? ¿Por qué la fe y las prácticas religiosas están en declive y no parecen constituir en verdad, al menos para la mayoría, el punto de fuerza en su vida? ¿Por qué el aburrimiento, el cansancio, la fatiga en solucionar los propios deberes de los creyentes? ¿Por qué los jóvenes no se sienten atraídos? ¿Por qué, en suma, este grisáceo color en la vida y esta falta de alegría entre los que creen en Cristo?

¿Queréis saber mi respuesta? ¡Porque el nuestro es un cristianismo sin Cristo! ¡Cómo sin Cristo, diréis, si no se hace más que hablar y escribir sobre él! Sí; pero, es un Cristo impersonal, lejano, que no nos inquieta de cerca, un extraño, incluso aunque nos sea conocido. Un *argumento*, más que una *persona* viva y verdadera y un amigo.

Para que las cosas cambien también para nosotros, como cambiaron para los tres discípulos en el Tabor, es necesario que en nuestra vida suceda algo semejante a lo que les ocurre a un joven o a

una chica cuando se enamoran. La comparación no parece fuera de lugar desde el momento que ha sido el mismo Jesús quien se ha comparado a un esposo y quien ha comparado a sus discípulos a las «diez vírgenes que esperan al esposo para entrar con él al banquete de bodas» (cfr. *Mateo* 25, 1-13).

¿Qué sucede con el enamoramiento? Para saberlo no es necesario haber leído muchos libros de psicología. Es algo que todos observamos alrededor de nosotros en la vida, incluso quien, como yo, no ha tenido una experiencia personal. El otro, el amado, el que antes era uno de tantos o posiblemente un desconocido, de repente, llega a ser el único, el solo en el mundo que nos interesa. Todo el resto va detrás y se coloca como sobre un trasfondo neutro. El corazón, los pensamientos, que antes vagaban de un objeto a otro y de una persona a otra, ahora se han como fijado sobre un único objeto. Ya no se es capaz de pensar en otra cosa.

Tiene lugar una verdadera y propia transfiguración. La persona amada viene contemplada como con un halo luminoso. Todo aparece bello en ella, hasta los defectos. En todo caso, uno hasta se siente indigno de ella. El verdadero amor engendra humildad. Y se quisiera que toda la vida fuese siempre así. Es una nueva alegría de vivir, un nuevo empuje para afrontar los deberes.

Algo cambia además concretamente en las propias costumbres de la vida. He conocido a muchachos que los padres no conseguían sacarles de la cama por la mañana para hacerles ir a clase e incluso si se les encontraba un trabajo para ellos, después de poco tiempo, lo abandonaban; o dejaban los estudios sin laurearse nunca... Después, he aquí que, una vez que están enamoradísimos de alguien y han llegado a ser novios, saltan de la cama por la mañana y están impacientes por terminar los estudios o si tienen un trabajo se lo tienen como muy apreciado.

¿Qué ha sucedido? Nada, simplemente lo que antes hacían por *obligación*, ahora lo hacen por *atracción*. Y la atracción es capaz de hacer que se hagan cosas que ninguna obligación consigue que se hagan; pone alas a los pies. «Cada uno, decía el poeta Ovidio, es atraído por el objeto del propio placer». Algo de este género, os decía yo, debiera sucedernos alguna vez en la vida para llegar a ser cristianos verdaderos, convencidos y alegres de serlo.

La desgracia de nuestro cristianismo es que casi todo lo hacemos por obligación, como si fuese un canon que hay que pagar a alguien. No conocemos qué significa ser atraídos. Y la razón es porque damos poco espacio al Espíritu Santo, que es la fuerza que «atrae» hacia Dios y que hace a Dios «atrayente».

Me diréis: pero, la muchacha o el muchacho se ve, se toca. Respondo, también Jesús se ve y se toca. Pero, con otros ojos y con otras manos: las del corazón, las de la fe. Él ha resucitado y está vivo. Es un ser concreto, no es una abstracción, para quien le experimenta y le conoce. Es más, con Jesús las cosas van aún mejor. En el enamoramiento humano, ay de mí, se engaña frecuentemente atribuyendo al amado cualidades que posiblemente no tiene y que con el tiempo se siente obligado a volver a creérselas. En el caso de Jesús, cuanto más se le conoce y se está juntos, más se descubren nuevos motivos para estar orgullosos de él y confirmados en la propia elección.

El ejemplo más fuerte de la diferencia que el descubrimiento de Jesús puede conseguir en la vida de una persona es san Pablo. Yo, cuenta en una carta suya, era una persona recién «llegada» a la vida, moralmente inaceptable, perteneciente a la flor y nata del pueblo elegido. (Se había formado, en Jerusalén, en la escuela de uno de los más renombrados maestros hebreos del tiempo, ¡una especie de Sorbona o de Oxford para aquel tiempo!). Pero, continúa, lo que para mí había sido una ganancia y motivo de vanagloria llegó a ser pérdida, basura, en el momento en que en el horizonte de mi vida se presentó Jesucristo mi Señor. Con él se me abrió delante un nuevo horizonte: no el de una realización personal mía de breve duración, sino con la posibilidad de compartir el mismo destino de

Cristo, y esto durante la eternidad. Desde aquel momento, tengo un solo deseo: conocerle y conquistarle desde el momento en que yo mismo he sido «conquistado» por él (cfr. *Filipenses* 3,4-12).

El encuentro con Cristo ha partido la vida de Saulo en dos partes; ha creado un «antes» y un «después». Y esto es lo que le sucede cada vez a una persona que encuentra a Cristo de este modo tan profundo y verdadero. Un gran escritor del siglo IV, que se había convertido cuando ya estaba avanzado en años y casado, Hilario de Poitiers, en una oración llega a decir a Cristo: «Antes de conocerte, yo no existía».

Alguno podría decir: si esto de lo que hablas se asemeja a un enamoramiento, entonces no hay nada que hacer, sino es permanecer tranquilos y esperar al proverbial golpe de un rayo... No, precisamente. Si un muchacho o una muchacha permanecen todo el tiempo encerrados en casa, sin ver a nadie, no sucederá nunca nada en su vida. ¡Para enamorarse es necesario frecuentarse! Si uno está convencido o simplemente comienza a pensar que posiblemente conocer a Jesucristo de este modo distinto, transfigurado, es hermoso y vale la pena, entonces es necesario que comience ya a «frecuentarlo», a leer sus escritos. ¡Sus cartas de amor son el Evangelio! Es allí donde él se revela, se «transfigura».

Es sabido que los enamorados, antes aún de declararse, se interesan por la persona amada, espían de lejos sus movimientos, buscan reunirse con sus amigos. A veces, les basta simplemente a ellos observar la casa donde viven. No es difícil aplicar todo esto a Jesús. La casa donde él vive o habita es la Iglesia.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Santa Misa

Unos días antes tuvo lugar al parecer el suceso de Cesarea de Filipo. Aquella situación en la que Jesús preguntó a sus discípulos qué decía la gente acerca de Él, por quién lo tenían. Recordaremos que fue la ocasión para que Pedro manifestara su fe en la mesianidad de Jesús: **“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”**. A lo que agregó Jesús: **“Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la tierra quedará atado en los Cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, quedará desatado en los Cielos”**.

Pocas escenas evangélicas pueden situarnos mejor que ésta, ante el gran misterio de la Eucaristía, y que consideramos hoy brevemente. Podemos detenernos en tres elementos, presentes ya en este suceso de la Transfiguración y, a su modo, presentes también en la escena de Cesarea de Filipo, que figuran asimismo en la Eucaristía y su institución.

En primer lugar: la elección. Al monte suben con Jesús solamente algunos que Jesús determina para participar con Él en algo muy especial. Lo mismo sucede en el Cenáculo. Muchos otros, también partidarios del Señor y de su doctrina, no son invitados ese día tan singular. Recordemos a las multitudes que le seguían, o a aquellos setenta y dos enviados en cierta ocasión a predicar en su nombre. No es, por tanto, un derecho que todos tengan, participar en todos los aspectos de la misión que Cristo ha venido a traer al mundo. Aunque el Señor salvará a todos los hombres –dio su Vida por todos–, se apoyará sólo en algunos para ciertos ministerios: en los que Él

designe con una específica llamada o vocación. Se trata, por eso, de un especial privilegio, puesto que, en su origen, no hay mérito alguno por parte de los elegidos.

Sí existe, sin embargo, deber de gratitud en uno u otro caso, aunque la respuesta a la llamada pueda representar una trabajosa tarea, que en ciertos momentos se hace más ardua, pues configura al que la recibe con Cristo paciente en la Cruz. Pero por esto mismo es la misión más excelsa en que podemos pensar, la que mayor bien reporta a la humanidad y la que, de suyo, reviste de más honor a quien la lleva a cabo. Pensemos sobre todo en ser uno con Cristo al celebrar la Eucaristía.

Por supuesto, no tenemos capacidad para valorar adecuadamente lo que supone una Misa, para los que participan en la celebración, y menos todavía si comulgan sacramentalmente. De la tarea del sacerdote celebrante lo mejor será no decir nada, y encomendarnos al Paráclito para que nos inspire, por poco que sea, algo de lo que supone celebrar verdaderamente el mismo Sacrificio Redentor de Jesucristo.

En segundo lugar, se ve con claridad que, en ambos momentos, se requiere la fe en Jesús como Mesías, y en la divinidad del mensaje y del don que se difunde. Una fe que, como la llamada o vocación, se recibe necesariamente al modo de don y se puede, sin embargo, acrecentar, pero como incremento del don divino: en la medida en que Dios nos otorga más fe. Bueno es, por tanto, pedir incesantemente esta virtud, junto a la esperanza y a la caridad, que tienen también a Dios mismo como objeto. La categoría del ser humano, en última instancia, dependerá siempre de su fe, esperanza y caridad. Y, concretando más aún, se puede afirmar sin ninguna duda que, en definitiva, la categoría de una persona depende de la fe que tenga en la Santa Misa.

El tercer elemento, que hoy consideramos, presente en el Tabor así como en la Eucaristía, es el contenido del mensaje o don que se difunde. Como en la cumbre del monte Pedro percibe algo muy especial que invade a los presentes e invita a prolongar ese momento y le hace exclamar: **“¡Señor, qué bien estamos aquí; si quieres haré aquí tres tiendas...!”**, declara el príncipe de los apóstoles con toda franqueza; con la comunión eucarística se difunde y participa, de modo objetivo, una nueva existencia, sobrenatural, inexplicable, debida a un don de Dios a los hombres muy singular: la comunión espiritual y efectiva con la Trinidad.

No es habitual, en todo caso, percibir bienestar alguno por recibir sacramentalmente el Cuerpo del Señor cuando comulgamos, a pesar de que todo acto de fe, en cuanto que incluye el convencimiento de recibir el afecto divino, tiende a inundarnos de paz. Sin embargo, aunque no se refleje sensiblemente, a menos que sea esa la voluntad de Dios, por la comunión eucarística participamos ya realmente de la vida divina, según las palabras del propio Cristo: **“el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”**.

María no es sacerdote. Sin embargo, nadie como Ella ha participado en el Sacrificio del Hijo de Dios hecho hombre. Concluimos, por tanto, suplicando: **“Yo quisiera Señor recibiros con aquella pureza, humildad y devoción; con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los santos”**.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

El descenso del monte Tabor

De esta página tan conocida y familiar del Evangelio quisiera destacar con fuerza un momento que me parece particularmente fecundo para una reflexión cuaresmal.

Estamos en el Tabor. Delante de los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan, ha aparecido la visión del Señor transfigurado. Una atmósfera de alegría y de indecible paz ha caído sobre el monte y los envuelve a todos. Para los tres apóstoles, supérstites de esfuerzos, dudas y contradicciones, es como sentirse de improviso dentro de un puerto tranquilo después de la tempestad. *¡Qué bien estamos aquí!* Quieren detenerse en ese lugar; ya piensan en cómo llevar a cabo el proyecto: *Levantaré aquí mismo tres carpas*. Pero Jesús se acerca a ellos y, tocándolos, les dice *Levántense*, y sin chistar, aunque a regañadientes, se encaminan hacia la llanura donde encuentran a la multitud y a los otros apóstoles, donde vuelven a encontrar el esfuerzo, la duda y la contradicción.

Este momento del Evangelio ilumina una experiencia que todo cristiano, antes o después, debe realizar en su vida. Llega el momento en que en la existencia de una persona o de una familia se establece una cierta calma, o incluso la felicidad. Las dificultades han disminuido, nos entendemos, estamos satisfechos con nuestro trabajo, con los propios hijos; la vida aparece hermosa y llena de promesas para el futuro. Creemos que finalmente estamos en el Tabor. El impulso de quedarnos en esta situación resulta irresistible. Querríamos no volver a oír a hablar de dolores, de lutos a nuestro alrededor; querríamos seguir así indefinidamente. *¡Qué bien estamos aquí!*

Alguna vez el Señor, en sus planes, deja al hombre por mucho tiempo o para siempre en este puerto tranquilo. Le es necesario que también haya signos de este tipo en el mundo. Pero es una excepción. La mayoría de las veces, se nos acerca, nos toca y también nos dice que nos levantemos. Y de esa manera nos vuelve a arrojar en el torbellino de la vida, entre penas, contradicciones, discordias y enfermedades. Uno está obligado a ejecutar saltos mortales para equilibrar el balance familiar; uno se arrastra de un hospital al otro hasta la cabecera de un pariente; uno, finalmente, resulta traicionado en el afecto o envuelto por la oscuridad de la incertidumbre.

Hasta aquí el destino de todo hombre, creyente o no creyente. No es sólo el discípulo de Jesús quien pasa por esta experiencia. En eso somos todos iguales. También el ateo tiene su Tabor, del cual debe descender para subir al Calvario. La diferencia se encuentra sólo en la actitud que el hombre asume frente a esta experiencia, en el espíritu con que la vive. Aquí el discípulo de Jesús debe distinguirse de quien no tiene fe. ¿Cómo distinguirse? Por la respuesta que dará a aquel “¡Levántate y anda!”

Para Abraham, esta voz del Señor se expresó con las palabras que hemos escuchado en la primera lectura: *Deja tu tierra natal y la casa de tu padre*. Él estaba tan bien entre los suyos; estaba felizmente casado con Sara, quizás no deseaba más que tener numerosos hijos, mucho ganado, y llegar a viejo rodeado por las filas de los hijos de sus hijos. La voz misteriosa del Señor lo intimó: “¡Levántate y ve!”. Es una orden dolorosa, pero no gratuita o caprichosa por parte de Dios, porque lo que le promete es mucho más de lo que le pide: *Por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra. Abraham partió, como el Señor se lo había ordenado*. Este momento de la vida de Abraham es la expresión plástica de la fe; por eso seguimos considerando a este pastor caldeo de hace cuatro mil años como “nuestro padre en la fe”. Dios lo llamó, lo invitó; él respondió confiado que sí, aun cuando no sabía exactamente lo que le esperaba y aun cuando no tenía garantías.

Este “aquí estoy” de la fe lo hemos pronunciado en el Bautismo, es decir, en una fase de nuestra vida en la cual no podíamos darle un contenido de inmediato. He aquí por qué la Iglesia nos llama, en distintas oportunidades, a realizar y hacer consciente esa elección. La Cuaresma es la ocasión por excelencia para volver a llevar a la luz este compromiso que yace sepultado en nuestra infancia y en la opacidad de la vida cotidiana. Llamándonos a la conversión, la Iglesia nos llama, en realidad, a repetir y a hacer nuestra la experiencia de Abraham y la de los apóstoles en el Tabor: salir, descender, ir. Salir de la rutina de la vida —de nuestra Ur de Caldea— en que estamos

confortablemente instalados, con la mente llena de proyectos y de deseos terrenales. Ir “hacia el país que el Señor nos indica”, es decir, hacia el futuro de la fe, abriéndonos a las promesas que Dios nos hace y a las obras que nos pide.

El país que Dios indica, para Abraham era la tierra prometida, la Palestina; para nosotros es el Reino de Dios. No sólo el Reino de Dios después de la muerte, sino aquel que ya está “entre nosotros”, en la tierra, y por el advenimiento del cual rezamos en el “Padre nuestro”; ese Reino de Dios que no es otra cosa que la voluntad de Dios con respecto a mí, que espera ser cumplida. “Venga tu Reino”, es decir, “sea hecha tu voluntad”. Por lo tanto, salir de Ur de Caldea y bajar del Tabor no significa más que ir con valentía al encuentro de la voluntad de Dios.

Si no queremos, sin embargo, permanecer en el plano de las palabras y de las buenas intenciones, engañándonos peligrosamente a nosotros mismos, en este tiempo debemos traducir nuestra disponibilidad en algún gesto concreto que exprese nuestro “sí” a Dios. También en esta iglesia fueron anunciados ciertos pequeños gestos penitenciales que deseamos hacer en forma comunitaria durante la Cuaresma. Nadie tendría que eximirse de tomar parte en alguno de ellos.

Los tres apóstoles no habrían llegado al júbilo luminoso de la Pascua si se hubieran detenido en el Tabor, quizás a la sombra de las tres tiendas. Tampoco nosotros llegaremos si no seguimos con valentía al Señor.

Si tenemos fe para reconocerlo, éste es el momento en el cual él se nos acerca, como a Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor, más aún, entra en nosotros y nos invita a seguirlo a Jerusalén. Nos dice: “¡Levántense, vayamos!”.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de Nuestra Señora de Coromoto (15-III-1981)

– Vivir de fe

“Toma parte de los duros trabajos del Evangelio” (2 Tm 1,8).

Con estas palabras San Pablo se dirige a Timoteo.

La Cuaresma es presentada en la liturgia de hoy como un camino, como el camino al que Dios llamó a Abraham.

Efectivamente en la primera lectura hemos oído las palabras del Señor: “Sal de tu tierra y de la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré” (Gen 12,1). Y Abraham se pone en camino sin demora, y sin otro apoyo que la promesa divina. Pues bien, también para nosotros la Cuaresma es un camino, que estamos invitados a afrontar con resolución y fiándonos de los proyectos que Dios tiene sobre nosotros. Aun cuando el viaje esté lleno de pruebas, San Pablo nos asegura en la segunda lectura que, como Timoteo, también cada uno de nosotros es “ayudado por la fuerza de Dios”. Y el país hacia el que nos encaminamos es la vida nueva del cristiano, una vida pascual que sólo puede realizarse con la fuerza y con la gracia de Dios. Se trata de una potencia misteriosa que nos ha sido dada no por nuestros méritos, sino porque antes de la creación, desde tiempo inmemorial, Dios dispuso darnos su gracia por medio de Jesucristo; y ahora esa gracia se ha manifestado por medio del Evangelio, al aparecer nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal (ib. 1,8-10). La Carta a Timoteo precisa, luego, que el país de la vida nueva se nos ha dado,

teniendo como base una misteriosa vocación y asignación por parte de Dios, “no por nuestros méritos, sino en virtud de su propósito y gracia” (ib., 1,9). Debemos ser hombres de fe, como Abraham: es decir, hombres que no se apoyan tanto en sí mismos, cuanto en la palabra, en la gracia y en la potencia de Dios.

– La presencia de Cristo en la Cuaresma

El Señor Jesús, mientras vivió en la tierra, descubría personalmente este camino con sus discípulos.

“Su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les apareció Moisés y Elías conversando con Él” (Mt 17,2-3). Pero en el centro del acontecimiento están las palabras divinas...: “Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo” (ib. 17,5). Así comprendemos que se trata de una cristofanía, esto es, la transfiguración representa la revelación del Hijo de Dios, relato que pone claro algunas cosas: su gloria a causa del esplendor que adquirió; el hecho de que es el centro y como el compendio de la historia de la salvación, significados por la presencia de Moisés y Elías; su autoridad profética, legítimamente propuesta por la perentoria invitación: “Escuchadlo”; y sobre todo, la denominación de “Hijo”, que subraya las relaciones íntimas y únicas que existen entre Jesús y el Padre celestial.

Además, las palabras de la transfiguración repiten las que ya se oyeron en el relato del bautismo del Jordán, como para significar que, después de haber recorrido un camino preciso en su vida pública, Jesús es el mismo “Hijo predilecto”, como había sido proclamado ya al comienzo.

Los Apóstoles manifiestan su felicidad: “¡Qué hermoso es estar aquí!” (Mt 17,4). Pero Cristo les hace saber que el acontecimiento del monte Tabor sólo se encuentra en el camino hacia la revelación les misterio pascual: “No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos” (Mt 17,9).

El camino de la Cuaresma que el Señor Jesús ha realizado durante su vida terrena, con sus discípulos, lo continúa realizando con la Iglesia. La Cuaresma es el período de una presencia de Cristo, particularmente intensa, en la vida de la Iglesia.

Es necesario buscar...en este tiempo la cercanía de Cristo: “¡Qué hermoso es estar aquí!” (Mt 17,4).

– Oración e intimidad con Cristo

Es preciso vivir en la intimidad con Él; abrir ante Él el propio corazón, la propia conciencia; hablar con Él tal como escuchamos en el Salmo: “Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como la esperamos de ti” (Sal 32(33),22).

La Cuaresma es precisamente un período en el que la gracia debe estar de modo particular “sobre nosotros”. Por esto, es necesario que nos abramos sencillamente a ella; en efecto, la gracia de Dios no es tanto objeto de conquista, cuanto de disponible y gozosa aceptación, como para recibir un don, sin ponerle impedimentos. Esto es posible concretamente, ante todo, mediante una actitud de profunda oración, que lleva consigo precisamente entablar un diálogo con el Señor; luego, mediante una actitud de sincera humildad, puesto que la fe es precisamente la adhesión de la mente y del corazón a la Palabra de Dios; y, finalmente, mediante un comportamiento de auténtica caridad, que deje traslucir todo el amor, del que nosotros ya hemos sido objetos por parte del Señor.

Como a Abraham, a quien Dios ordenó ponerse en camino, así también nosotros nos encaminamos, de nuevo, por esta vía de la Cuaresma, al fin de la cual está la resurrección.

Se ve a Cristo, al Hijo predilecto, en el que se ha complacido el Padre (cfr. Mt 17,5).

Se ve a Cristo que vence la muerte y hace resplandecer la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio (cfr. 2 Tm 1,10).

Y por esto: sostenidos por la fuerza de Dios, ¿debemos tomar parte en las fatigas y en las contrariedades soportadas por el Evangelio! (ib. 1,8). Estas palabras de la Carta a Timoteo abren también un noble y comprometido programa para todo cristiano en su vida de cada día. Es el programa de la evangelización, es decir de la participación en la difusión del mensaje evangélico. Como Cristo “sacó a la luz de vida inmortal por medio del Evangelio” (ib. 1,10), así debemos hacer también nosotros. Esto es, trata de hacer ver a la sociedad y al mundo que el Evangelio con su luz proyectada sobre el camino de la humanidad (Sal 119(118), 105) es fuente de vida y de vida inmortal. Es preciso que el cristiano haga ver a todos la verdad de la exclamación de Pedro: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68). Los hombres deben comprender que con la adhesión a Cristo no solo no pierden nada, sino que lo ganan todo, porque con Cristo el hombre se hace más hombre. Mas para esto necesitan un testimonio; y sólo pueden darlo los discípulos mismos de Jesús, esto es, los cristianos, a los cuales escribía ya San Pablo: (Fil 2,15-16) “Aparecéis como antorchas en el mundo, llevando en alto la palabra de vida”.

Y esto se puede hacer de mil modos, según las varias ocupaciones de cada uno: en casa, en el mercado, en la escuela y en la fábrica, en el trabajo y en el tiempo libre.

Y puesto que Jesucristo es “el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,29), deseamos y pedimos que, asemejándonos a Él, también nosotros podamos ser contados por Dios entre sus hijos predilectos (cfr. Mt 17,5).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Algunos Padres pensaron que Jesús se fue a orar con los mismos testigos de Getsemaní, donde también se durmieron, para que el recuerdo de esta gloria que envuelve ahora a Jesús les sostuviese en el escándalo de la agonía. La presencia de Moisés y Elías conversando con Jesús sobre su muerte, les proporciona una prueba suplementaria de su divinidad. Lo que el pasado de Israel tenía de más divino, se inclinaba ante Jesús prestándole homenaje. Luego una nube cubrió y llenó de espanto a los discípulos que sabían cómo en el desierto del Sinaí una nube cubría también el Tabernáculo mientras la gloria de Dios penetraba en él (Ex 40,43) Esta presencia de Dios en medio de su pueblo aparecía ahora otra vez, confirmando que Jesús era el Hijo de Dios al que debían escuchar. Ellos fueron testigos oculares de todo esto.

Tampoco nosotros deberíamos perder la fe y la esperanza cuando veamos a la Iglesia -que es Cristo a través del tiempo- insultada, criticada por sus enemigos o por quienes no la conocen. La Iglesia sufre también y es cubierta con el manto de burlas y desprecios que Jesús soportó en la celda de castigo de Pilato. También nosotros sufrimos por distintas causas y, como los discípulos, debemos estar advertidos.

Que Cristo mostrara a los suyos su gloria días antes de su humillante y atroz muerte, constituye una enseñanza a retener. Es como si Jesús quisiera que comprendiéramos que allí donde hay dificultades, sufrimientos, allí el cristiano labra su gloria definitiva. Sí, a todos los que atraviesen una situación penosa o encuentran una hostilidad debida a sus debilidades o a un ambiente refractario para las cosas de Dios, Él les dice: “Dichosos los que lloran porque ellos serán consolados” (Mt 5,4).

Se oyó la voz del Padre: “Éste es mi Hijo amado; escuchadlo”. La escucha asidua y atenta de la Palabra de Dios por la lectura y la oración, nos ayudará a mantener la serenidad en las dificultades y a descubrir el trasfondo de gloria de Dios que hay en toda lucha por ser fieles a Cristo y a su Iglesia. Busquemos unos minutos al día para leer atenta y sosegadamente la S. Escritura, así no olvidaremos que el dolor, la deshonra, las críticas... no oscurecen la credibilidad de la Iglesia, sino que la purifican como el fuego lo hace con el oro.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Los que habían anunciado al Mesías ven su luz; los que tienen que anunciarlo verán antes su cruz»

I. LA PALABRA DE DIOS

Gn 12,1-4a: «Vocación de Abraham, padre del pueblo de Dios»

Sal 32,4-5.18-20.22: «Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti»

2Tm 1,8b-10: «Dios llama y nos ilumina»

Mt 17,1-9: «Su rostro resplandeció como el sol»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La respuesta de Abraham a la iniciativa de Dios irrumpiendo en su historia, no puede ser otra que la fe. Es respuesta insegura, porque no sabe a dónde va; y segura porque Dios está con él. Luz y tinieblas mezcladas.

Situado junto a la predicción de la Pasión, el relato hace que veamos cómo los discípulos descubren la profundidad de lo que antes resultaba escandaloso. Y les gusta. Oyen voces y mensajes nada habituales ni corrientes. El destino de Jesús no puede ser sólo la muerte.

La cruz en el horizonte del cristiano, aunque como a los discípulos le dé miedo, no deja de ser identificación con el propio Cristo. A la luz del Tabor es sencillo sentirse cómodo; pero el de la luz no es el Cristo «completo»: falta el paso de la Cruz.

III. SITUACIÓN HUMANA

El hombre tiene experiencia de que en la vida se dan alternativamente la luz y la tiniebla, el gozo y el dolor, la esperanza y el desánimo. La sorpresa se da cuando prevalece una de estas situaciones: O nos parece demasiada felicidad, o se nos antoja excesiva desgracia. El Concilio habla de «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres», invitándonos a la solidaridad con nuestro tiempo.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La Transfiguración, visión anticipada del Reino: “La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los Apóstoles ante la proximidad de la Pasión: la subida a un «monte alto» prepara la subida al Calvario. Cristo, Cabeza de la Iglesia, manifiesta lo que su cuerpo contiene e irradia en los sacramentos: «la esperanza de la gloria» (Col 1,27)” (568; cf 554. 555. 556).

– En la Cruz Jesús nos mereció la salvación: 616. 617. 618.

– Subida de Jesús a Jerusalén: 557. 558.

La respuesta

– «Jesús ora antes de los momentos decisivos de su misión: antes de que el Padre dé testimonio de él en su Bautismo y de su Transfiguración... La oración de Jesús ante los acontecimientos de salvación que el Padre le pide es una entrega, humilde y confiada, de su voluntad humana a la voluntad amorosa del Padre» (2600).

– Invitación a transformar el mundo (Doctrina Social de la Iglesia): 2419-2425.

El testimonio cristiano

– «Para que los apóstoles concibiesen con toda su alma esta dichosa fortaleza, no temblasen ante la aspereza de la cruz, no se avergonzasen de la Pasión de Cristo y no tuviesen por denigrante el padecer... subió con ellos solos a un monte elevado, les manifestó el resplandor de su gloria, porque, aunque creían en la majestad de Dios, sin embargo, ignoraban el poder del cuerpo, bajo el que se ocultaba la divinidad... Con esa Transfiguración pretendía especialmente sustraer el corazón de sus discípulos del escándalo de la cruz y evitar que la voluntaria ignominia de su Pasión hiciese flaquear la fe de los mismos» (San León Magno, *Serm 51 Temp. de Cuaresma*).

– «Tú te has transfigurado en la montaña, y en la medida en que ellos eran capaces, tus discípulos han contemplado tu gloria, oh Cristo Dios, a fin de que cuando te vieran crucificado comprendiesen que tu Pasión era voluntaria y anunciaran al mundo que Tú eres verdaderamente irradiación del Padre (Liturgia bizantina, *Kontakion de la Fiesta de la Transfiguración*)» (555).

La luz del Tabor no es para sentirse cómodamente instalados; hay que bajar al llano y anunciar la luz desde la Cruz.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Del Tabor al Calvario.

– **Lo que importa es estar siempre con Jesús. Él nos da la ayuda necesaria para seguir adelante.**

I. Oigo en mi corazón: buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro, rezamos en la Antífona de entrada de la Misa de hoy². El Evangelio nos cuenta lo que sucedió en el Tabor. Poco antes, Jesús había declarado a sus discípulos, en Cesarea de Filipo, que iba a sufrir y padecer en Jerusalén, a morir a manos de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos y de los escribas. Los Apóstoles habían quedado sobrecogidos y entristecidos por este anuncio. Ahora, tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó a ellos solos aparte³, para orar⁴. Son los tres discípulos que serán testigos de su agonía en el huerto de los Olivos. *Mientras él oraba, cambió el aspecto de su rostro y su vestido se volvió blanco, resplandeciente*⁵. Y le ven conversar con Elías y Moisés, que aparecían gloriosos y le hablaban de su muerte, que había de cumplirse en Jerusalén⁶.

² Antífona de entrada. *Sal* 26, 8-9.

³ Cfr. *Mc* 9, 2.

⁴ Cfr. *Lc* 9, 28.

⁵ *Lc* 9, 29.

⁶ Cfr. *Lc* 9, 31.

Seis días llevaban los Apóstoles entristecidos por la predicación de Cesarea de Filipo. La ternura de Jesús hace que ahora contemplen su glorificación. San León Magno dice que “el principal fin de la transfiguración era desterrar del alma de los discípulos el escándalo de la cruz”⁷. Nunca olvidarían los Apóstoles esta “gota de miel” que Jesús les daba en medio de su amargura. Muchos años más tarde San Pedro tiene perfectamente nítido estos momentos: ... *cuando desde aquella extraordinaria gloria se le hizo llegar esta voz: Éste es mi Hijo querido, en quien me complazco. Esta voz, enviada del cielo, la oímos nosotros estando con Él en el monte santo*⁸. El Apóstol lo recordaría hasta el final de sus días.

Siempre hace así Jesús con los suyos. En medio de los mayores padecimientos da el consuelo necesario para seguir adelante.

Este destello de la gloria divina transportó a los Apóstoles a una inmensa felicidad, que hace exclamar a San Pedro: *Señor, ¡bueno es permanecer aquí! Hagamos tres tiendas...* Pedro quiere alargar aquella situación. Pero, como dirá más adelante el Evangelista, *no sabía lo que decía*; porque lo bueno, lo que importa, no es hallarse aquí o allí, sino estar siempre con Jesús, en cualquier parte, y verle detrás de las circunstancias en que nos hallamos. Si estamos con Él, es igual que nos encontremos en medio de los mayores consuelos del mundo, o en la cama de un hospital entre dolores indecibles. Lo que importa es sólo eso: verle y vivir siempre con Él. Es lo único verdaderamente bueno e importante en esta vida y en la otra. Si permanecemos con Jesús, estaremos muy cerca de los demás y seremos felices, sea cual sea nuestro lugar y la situación en que nos encontremos. *Vultum tuum, Domine, requiram*: Deseo verte y buscaré tu rostro, Señor, en las circunstancias ordinarias de mi jornada.

– Fomentar con frecuencia, y especialmente en los momentos más difíciles, la esperanza del Cielo.

II. San Beda, comentando el pasaje del Evangelio de la Misa, dice que el Señor, “en una piadosa permisión, les permitió (a Pedro, a Santiago y a Juan) gozar durante un tiempo muy corto la contemplación de la felicidad que dura siempre, para hacerles sobrellevar con mayor fortaleza la adversidad”⁹. El recuerdo de aquellos momentos junto al Señor en el monte fue sin duda una gran ayuda en tantas situaciones difíciles de la vida de estos tres Apóstoles.

La existencia de los hombres es un caminar hacia el Cielo, nuestra morada¹⁰. Caminar en ocasiones áspero y dificultoso, porque con frecuencia hemos de ir contra corriente y tendremos que luchar con muchos enemigos de dentro de nosotros mismos y de fuera. Pero quiere el Señor confortarnos con la esperanza del Cielo, de modo especial en los momentos más duros o cuando la flaqueza de nuestra condición se hace más patente: ***A la hora de la tentación piensa en el Amor que en el cielo te aguarda: fomenta la virtud de la esperanza, que no es falta de generosidad***¹¹. Allí “todo es reposo, alegría y regocijo; todo serenidad y calma, todo paz, resplandor y luz. Y no luz como ésta de que gozamos ahora y que, comparada con aquélla, no pasa de ser como una lámpara junto al sol... Porque allí no hay noche, ni tarde, ni frío, ni calor, ni mudanza alguna en el modo de ser, sino un estado tal que sólo lo entienden quienes son dignos de gozarlo. No hay allí vejez, ni achaques, ni nada que semeje corrupción, porque es el lugar y aposento de la gloria inmortal...”

⁷ SAN LEÓN MAGNO, *Sermón*, 51, 3.

⁸ 2 *Pdr* 1, 17-18.

⁹ SAN BEDA, *Comentario sobre San Marcos* 8, 30; 1, 3.

¹⁰ Cfr. 2 *Cor*, 5, 2.

¹¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVA DE BALAGUER, *Camino*, n. 139.

“Y por encima de todo ello, el trato y goce sempiterno de Cristo, de los ángeles..., todos perpetuamente en un sentir común, sin temor a Satanás ni a las asechanzas del demonio ni a las amenazas del infierno o de la muerte”¹².

Nuestra vida en el Cielo estará definitivamente exenta de todo posible temor. No sufriremos la inquietud de perder lo que tenemos, ni desearémos tener algo distinto. Entonces verdaderamente podremos decir con San Pedro: *Señor, ¡qué bien estamos aquí!* El atisbo de gloria que tuvo el Apóstol lo tendremos en plenitud en la vida eterna. **Vamos a pensar lo que será el Cielo. Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para los que le aman. ¿Os imagináis qué será llegar allí, y encontrarnos con Dios, y ver aquella hermosura, aquel amor que se vuelca en nuestros corazones, que sacia sin saciar? Yo me pregunto muchas veces al día: ¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso de barro que soy yo, que somos todos nosotros? Y entonces me explico bien aquello del Apóstol: ni ojo vio, ni oído oyó... Vale la pena, hijos míos, vale la pena**¹³.

El pensamiento de la gloria que nos espera debe espolearnos en nuestra lucha diaria. Nada vale tanto como ganar el cielo. “Y con ir siempre con esta determinación de antes morir que dejar de llegar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna sed en esta vida, daros ha de beber con toda abundancia en la otra y sin temor de que os haya de faltar”¹⁴.

– **El Señor no se separa de nosotros. Actualizar esa presencia de Dios.**

III. Una nube los envolvió enseguida¹⁵. Recuerda a aquella otra que acompañaba a la presencia de Dios en el Antiguo Testamento: *La nube envolvió el tabernáculo de la reunión y la gloria de Yahvé llenaba todo el lugar*¹⁶. Era la señal que garantizaba las intervenciones divinas: *Yahvé dijo a Moisés: Yo vendré a ti en una nube densa, para que vea el pueblo que yo hablo contigo y tengan siempre fe en ti*¹⁷. Esa nube envuelve ahora en el Tabor a Cristo y de ella surge la voz poderosa de Dios Padre: *Este es mi Hijo, el Amado, escuchadle a él*.

Y Dios Padre habla a través de Jesucristo a todos los hombres de todos los tiempos. Su voz se oye en cada época, de modo singular a través de la enseñanza de la Iglesia, que “busca continuamente los caminos para acercar este misterio de su Maestro y Señor al género humano: a los pueblos, a las naciones, a las generaciones que se van sucediendo, a todo hombre en particular”¹⁸.

*Al alzar sus ojos no vieron a nadie sino sólo a Jesús*¹⁹. Y no estaban Elías y Moisés. Sólo ven al Señor. Al Jesús de siempre, que en ocasiones pasa hambre, que se cansa, que se esfuerza para ser comprendido... A Jesús, sin especiales manifestaciones gloriosas. Lo normal para los Apóstoles fue ver al Señor así, lo excepcional fue verlo transfigurado.

A este Jesús debemos encontrar nosotros en nuestra vida ordinaria, en medio del trabajo, en la calle, en quienes nos rodean, en la oración, cuando perdona, en el sacramento de la Penitencia, y, sobre todo, en la Sagrada Eucaristía, donde se encuentra *verdadera, real y sustancialmente* presente. Pero normalmente no se nos muestra con particulares manifestaciones. Más aún, *hemos de aprender*

¹² SAN JUAN CRISOSTOMO, *Epístola 1ª Teodoro*, 11.

¹³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVA DE BALAGUER, en *Hoja informativa* n. 1, de su proceso de beatificación, p. 5.

¹⁴ SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 20, 2.

¹⁵ Cfr. *Mc* 9, 7.

¹⁶ *Ex* 40, 34-35.

¹⁷ *Ex* 19, 9.

¹⁸ SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 7.

¹⁹ *Mt* 17, 8.

a descubrir al Señor detrás de lo ordinario, de lo corriente, huyendo de la tentación de desear lo extraordinario.

Nunca debemos olvidar que aquel Jesús con el que estuvieron en el monte Tabor aquellos tres privilegiados es el mismo que está junto a nosotros cada día. “Cuando Dios os concede la gracia de sentir su presencia y desea que le habléis como al amigo más querido, exponedle vuestros sentimientos con toda libertad y confianza. Se anticipa a darse a conocer a los que le anhelan (Sab 6, 14). Sin esperar a que os acerquéis a Él, se anticipa cuando deseáis su amor, y se os presenta, concediéndoo las gracias y remedios que necesitáis. Sólo espera de vosotros una palabra para demostraros que está a vuestro lado y dispuesto a escucharos y consolaros: Sus oídos están atentos a la oración (Sal 33, 16) (...).

“Los demás amigos, los del mundo, tienen horas que pasan conversando juntos y horas en que están separados; pero entre Dios y vosotros, si queréis, jamás habrá una hora de separación”²⁰.

¿No será nuestra vida distinta en esta Cuaresma, y siempre, si actualizáramos más frecuentemente esa presencia divina en lo habitual de cada día, si procuráramos decir más jaculatorias, más actos de amor y de desagravio, más comuniones espirituales...? *Para tu examen diario: ¿he dejado pasar alguna hora, sin hablar con mi Padre Dios?... ¿He conversado con Él, con amor de hijo? – ¡Puedes!*²¹

Jaume GONZÁLEZ i Padrós (www.evangelinet)

Se transfiguró delante de ellos

Hoy, camino hacia la Semana Santa, la liturgia de la Palabra nos muestra la Transfiguración de Jesucristo. Aunque en nuestro calendario hay un día litúrgico festivo reservado para este acontecimiento (el 6 de agosto), ahora se nos invita a contemplar la misma escena en su íntima relación con los sucesos de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

En efecto, se acercaba la Pasión para Jesús y seis días antes de subir al Tabor lo anunció con toda claridad: les había dicho que «Él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día» (Mt 16,21).

Pero los discípulos no estaban preparados para ver sufrir a su Señor. Él, que siempre se había mostrado compasivo con los desvalidos, que había devuelto la blancura a la piel dañada por la lepra, que había iluminado los ojos de tantos ciegos, y que había hecho mover miembros lisiados, ahora no podía ser que su cuerpo se desfigurara a causa de los golpes y de las flagelaciones. Y, con todo, Él afirma sin rebajas: «Debía sufrir mucho». ¡Incomprensible! ¡Imposible!

A pesar de todas las incomprensiones, sin embargo, Jesús sabe para qué ha venido a este mundo. Sabe que ha de asumir toda la flaqueza y el dolor que abrumba a la humanidad, para poderla divinizar y, así, rescatarla del círculo vicioso del pecado y de la muerte, de tal manera que ésta —la muerte— vencida, ya no tenga esclavizados a los hombres, creados a imagen y semejanza de Dios.

Por esto, la Transfiguración es un espléndido icono de nuestra redención, donde la carne del Señor es mostrada en el estallido de la resurrección. Así, si con el anuncio de la Pasión provocó angustia en los Apóstoles, con el fulgor de su divinidad los confirma en la esperanza y les anticipa el

²⁰ S. ALFONSO M^a DE LIGORIO, *Cómo conversar continua y familiarmente con Dios*, Ed. Crítica, Roma 1933, 63.

²¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVA DE BALAGUER, *Surco*, n. 657.

gozo pascual, aunque, ni Pedro, ni Santiago, ni Juan sepan exactamente qué significa esto de... resucitar de entre los muertos (cf. Mt 17,9), ¡Ya lo sabrán!

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

La experiencia de la Transfiguración es una anticipación del Misterio Pascual y de la experiencia de realización que, en relación con Cristo, todos estamos llamados a vivir.

En el Mesías, toda la vida histórica de Dios con los hombres, que pasa a través de la predilección de Israel se condensa y actualiza. Moisés y Elías, la Ley y los Profetas, es decir, toda la Antigua Alianza esta entrelazada, asimilada y realizada en el Misterio de la Encarnación que se extiende hasta la muerte y Resurrección de Cristo.

La promesa hecha a Abraham se cumple: “la tierra” que el Padre nos indica es el mismo Cristo, que viene a nuestro encuentro y hacia el Cual estamos llamados a ir. ¡En efecto estamos llamados! El seguimiento de Cristo supone una llamada, exactamente como la experiencia de la Transfiguración, que lleva en sí misma un profundo sentido de cumplimiento humano: «Es bueno estar aquí».

El seguimiento del Señor y el camino por recorrer, coinciden, después en Su misma Persona. De hecho, a través de la experiencia de la Transfiguración, todo, en la vida de los tres Apóstoles, indica en el Señor, la realización de la historia del pueblo de Israel, de su personal existencia y de todo el cosmos: la Ley y los Profetas, a los cuales habían escuchado obedientemente desde la juventud, les indican ahora al Maestro; su misma humanidad, a través de las palabras de Pedro, que se inundan en el reconocimiento de una alegría profunda, nueva e inimaginable; el mismo Dios Padre les dona, desde lo alto de aquel monte, la Nueva Ley en su Hijo, el Amado.

De los Evangelios sabemos que esta es la última manifestación de la divinidad de Cristo, durante Su vida terrena. Casi para subrayar esto, el Evangelista nos dice que, terminada esta extraordinaria teofanía, los Apóstoles «*cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús solo*» vieron, o sea, “solamente” Su santísima Humanidad, que habrían visto después, transfigurada en el Amor encarnado y crucificado.

Sigamos por lo tanto, también nosotros, la Humanidad de Cristo, sabiendo que Él nos dona en el presente todos los instrumentos necesarios para conocerlo y seguirlo, porque nos ha introducido en su Iglesia, la compañía humana que, regenerada por el Espíritu, prolonga la presencia del Resucitado en la historia; nos ha donado a Pedro y a los demás Apóstoles, sacramentalmente radicados en la viva relación con el Señor, a través de los cuáles, Él mismo nos ofrece, no solo sus enseñanzas, sino todo de sí mismo, sobre todo en la Eucaristía celebrada y adorada; nos ha dado la espléndida maternidad de María Santísima, en la cual resplandece de modo perfecto la Luz de la Resurrección de Cristo.

Con el tiempo, en el fiel y humilde seguimiento del Señor, se nos permitirá ver, en nuestra misma vida, el acontecer progresivo y profundo, de aquella transfiguración que se llama santidad.
